3 JUN. 1935

REVISTA DE ESTVDIOS HISPANICOS

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID 4 ABRIL 1935

Biblioteca Nacional de España

Artículos que aparecerán próximamente en ESTUDIOS HISPANICOS

EPISTOLARIO DE HUGO SCHUCHARDT Y MENENDEZ PELAYO

por JULIO DE URQUIJO, de la Academia Española.

LA FILOSOFIA DEL ESTATISMO

POR JOSE MARIA GIL ROBLES

LA ESPAÑA CRISTIANA Y LA CRISTIANDAD OCCIDENTAL EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA RECONQUISTA

por JUSTO PEREZ DE URBEL.

LA ECONOMIA ACTUAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

por HERBERT GREGORY THOMAS, colaborador norteamericano.

APUNTES PARA LA BIOGRAFIA DEL COSMOGRAFO PEDRO DE MEDINA

por LUIS TORO BUIZA.

EN TORNO A SAN AGUSTIN

por el MAGISTRAL DE BURGOS.

EL VIVIR BOHEMIO DE LOS POETAS DE LA ESPAÑA MUSULMANA

por RAFAEL ALCOCER.

EL OCASIONALISMO DE MALEBRANCH

por JOSÉ LUIS IZQUIERDO.

NUEVOS PAPELES DE MELENDEZ VALDES SOBRE LA DUQUESA DE ALBA

por HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA

EL GUADALQUIVIR EN LA HISTORIA DE AMERICA

por CARLOS PEREYRA

Biblioteca Nacional de España

La Revista de ESTUDIOS HISPÁNICOS

quiere concurrir a la celebración del tercer centenario de Frey Lope de Vega Carpio, publicando un número extraordinario el día 27 de agosto, fecha de la muerte del Fénix de los Ingenios españoles. A este efecto abre dos concursos, uno para escritores y otro para dibujantes, sobre las siguientes bases:

PRIMER CONCURSO:

Estampas episódicas de la vida de Lope. Trabajos redactados en prosa española, de extensión aproximada a diez páginas de la Revista.

SEGUNDO CONCURSO:

Tres dibujos ilustrativos de alguna comedia de Lope, con indicación del texto a que se refiere. Los dibujos serán a tinta china, fácilmente reproducibles por fotograbado en el papel de la Revista.

Se concederán sendos premios de 500 pesetas al mejor trabajo de cada concurso, y diez accésit de 100 pesetas a los trabajos de uno y otro concurso, a juicio del Consejo de Redacción de la Revista, la cual adquiere la propiedad de los trabajos premiados y el derecho a publicarlos.

Los trabajos se recibirán en las oficinas de la Revista de ESTUDIOS HISPÁNICOS, *Serrano, 6,* hasta el día 30 de junio, firmados con un pseudónimo, correspondiente al nombre del autor, que deberá constar bajo sobre cerrado.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Calderón, el dramaturgo de la Escolástica

(CONTINUACIÓN)

Calderón no fué, por consiguiente, un filósofo que prefirió ser dramaturgo a maestro o predicador, sino poeta dramático innato, inservible por naturaleza para todo otro menester, aunque preparado para vivir una vida intelectual profunda, activa y rica. Era, primero y sobre todo, discípulo fiel del pensamiento tradicional. Su don principal era una imaginación brillante, tan poderosa, que era capaz de emplear en servicio de la misma, formando con ellos tejido, elementos que por sí solos y a no haberlos refinado el poeta fueran demasiado bastos para tan sutil, pero sencilla urdimbre. En servicio de su imaginación llama a la poesía, al drama, al escenario; y su puesto, por lo tanto, en la historia de la cultura —dramaturgo de la Escolástica tradicional— es único.

Como tal tiende a un doble fin: enseñar el Dogma y enseñar la Moral. El tema de sus autos es, pues, la Teología y no la Filosofía; la verdad sobrenatural, no la natural. Los dogmas ofrecen conceptos definidos que se pueden dramatizar indirectamente por medio de alegorías. No así la Filosofía. El drama no es el medio adecuado para la especulación. Es difícil e inútil formar caracteres dramáticos, y, por consiguien-

Biblioteca Nacional de España

te, «prácticos conceptos» con cosas tan dispares como potencia y acto, materia y forma, sustancia y accidentes. Pero, sin embargo, puede emplearse la Filosofía para explicar la Teología, y así la emplea Calderón. Sus dramas nada tratan de *probar*; no son metafísica, sino retórica (en el sentido escolástico del vocablo); son, como dice su autor, «Retórica licencia». En consecuencia, su objeto es *persuadir* apelando para ello a la imaginación y a las emociones, no a la razón. Aunque sus moralejas se basan en firmes doctrinas teológicas, por centralizarlas en un «desengaño» o desilusión, sólido puntal de su fuerza dramática (didáctica por consiguiente), apelan primordialmente a las emociones; a no ser de este modo, el arte calderoniano no sería *poético*. Más aún, siendo retórico el medio que emplea, el poeta exige, y forzoso es concedérsela, cierta libertad para discurrir sobre un tema, que explica por medio de alegorías o parábolas, y *omnis comparatio claudicat*.

En su poesía con frecuencia alcanza magnífica precisión teológica, como cuando en boca de la Primera Persona de la Santísima Trinidad pone:

> Un hijo tengo, tan hijo
> mío en todo que la idea
> de mi cariño, sin duda,
> continuamente le engendra.
> Tanto en él me complací,
> y él en mí, que la unión nuestra
> produce un amor de entrambos
> que nos hace de manera
> tan Uno a los Tres, que somos,
> en la igualdad de la Ciencia,
> del Poder y del Amor,
> tres Personas y una Esencia (1).

Con frecuencia esta misma economía de vocablos produce efectos de fuerza extraordinaria, como cuando se refiere al Pecado original del Hombre:

(1) *El Nuevo Hospicio de Pobres*, II, 111.

Biblioteca Nacional de España

...avaro de Ciencia,
le dejó en ignorancia
la primera lección de su apetito (1).

Muy distinta es la poesía del ejemplo que sigue, en que el Demonio alude al Pecado como:

coloreado delito
de la afectada tez del apetito (2).

Aquí la violencia y el artificio del lenguaje expresan de consuno y a maravilla el carácter del Demonio y la engañosa irrealidad del Pecado. A veces el Diablo es llamado «desliza-da estrella» (3).

En el decurso de los autos la Teología se torna imagen poética, como en esta descripción de los ángeles:

Aladas inteligencias
que, mariposas del sol,
batiendo las alas bellas,
al mismo fuego que avivan
se abrazan y no se queman (4).

Consideremos ahora uno de los autos no como dramatiza-ción de un dogma, sino como moral de la vida, y veremos el uso que hace Calderón tanto de la Teología como de la Filo-sofía. Uno de los más sencillos, así como de los más caracte-rísticos, es «El Año Santo de Roma» (5). Escribiólo el poeta con ocasión del Jubileo de 1650 y aprovechó la ocasión para exponer en dos autos el significado de aquél. En el primero, que ahora nos interesa, demuestra que el verdadero Año San-to fué el de la Redención, en el que se ofreció al Hombre la Gracia con la que podría vencer al Pecado, siendo este un Jubi-

(1) *No hay más Fortuna que Dios*, IV, 134.
(2) *El Valle de la Zarzuela*, IV, 40.
(3) *El Pleito Matrimonial*, VI, 54.
(4) *El Diablo Mudo*, VI, 170.
(5) *Pando*, II, 178-206.

Biblioteca Nacional de España

leo que los hombres pueden proclamar todos los días del año, mientras vivan. En el segundo auto, «El Año Santo de Madrid», explica lo que este Jubileo significa para los madrileños.

Al comenzar la obra se oye el cantar lejano del coro. Es una canción breve en que se anuncia a todos los peregrinos de la vida que, por fin, se abrió la Puerta por tanto tiempo cerrada y que serán felices aquellos peregrinos que por sus actos merecieran que este año sea Santo para ellos. En esto se abre una roca y surge el Hombre « vestido de pieles» y ante él se extienden dos veredas que llegan hasta el escenario «una de espinas y otra de flores». Laméntase de haber llegado de este modo a la vida «sin elección, sin tino» sin serle dable conocer su «natural deseo», incapaz de distinguir cuál de los senderos es el mejor:

> para que llegue menos fatigado
> a ver el fin para que fuí creado.

El coro repite la canción primera y el Hombre medita sobre las palabras que escucha, dándose cuenta de que han de ser su guía aunque no hay en ellas indicación alguna del camino a seguir. Su razón le dice que su vida es un viaje hacia un fin, y que estas voces le dicen cómo al término de su carrera habrá premio o castigo. Pero es incapaz de escoger por miedo a incurrir en error porque, como dice, se da cuenta de:

> que no nace enseñado
> el hombre, y todos son pasos perdidos
> los que da inadvertidos
> nuestro discurso humano
> sin impulso divino.

Aquí se impone una breve digresión. En cuantos autos surge una situación similar Calderón insiste en que por sí sola la razón no es guía suficiente. La razón podrá decirle al hombre que la vida tiene un fin, que fué creado para un fin, pero ni siquiera puede decirle cuál es su «natural deseo». El Hombre necesita del «impulso divino» a que se alude en la can-

Biblioteca Nacional de España

ción que a principios del auto entonara dentro el coro. Su inteligencia «no nace enseñada»; necesita ser enseñado, y es el «impulso divino» el que le ha de enseñar. Esto, claro está, es San Agustín, no Santo Tomás. El «impulso divino» es en realidad la teoría de San Agustín sobre la Iluminación, pero, como es natural, no ofrece más explicación. En ninguna obra de Calderón encontramos al Hombre llegando al conocimiento de la existencia de Dios por medio de la razón. Sólo hay un auto en que se emplean argumentos parecidos a los usados por Santo Tomás para demostrar la existencia de Dios, pero aun en este, el Hombre sólo arguye de este modo después de haber llegado a esa certeza por intuición superior, por «impulso divino» (1). Ni siquiera encontramos a Calderón señalando la existencia de Dios como consuelo del hombre en su miseria. Santo Tomás escribió: «Naturalis ratio dictat homini quod alicui superiori subdatur, propter defectus quos in seipso sentit, in quibus ab aliquo superiori aget adjuvari et dirigi, et quidquid illud dit, hoc est quod apud omnes dicitur Deus» (2). En uno de los autos en que se presenta situación parecida, en que el Hombre se nos aparece mísero y desamparado frente al mundo insensible y no comprende por qué ha de ser tan débil y mezquino y por qué ha de trabajar para obtener cobijo y vestido cuando las flores del campo y los pájaros del cielo tienen cuanto quieren, ya sabe de la existencia de Dios y sólo emplea la razón para llegar a la conclusión de que aunque tan mísero en apariencia es, en realidad poderoso, porque posee inteligencia y libre albedrío (3).

---

(1) Este auto es *A Dios por Razón de Estado*. Aquí el protagonista se llama El Ingenio, pero representa a San Dionisio Areopagita. Este, según la leyenda medieval, al sentir el terremoto que proclamó la muerte de Nuestro Señor, gritó: «O el mundo expira, o su Hacedor padece» (1, 13-15). Desde esta premisa, conocida por una «iluminación» divina, razona lógicamente sobre la Naturaleza de Dios y la necesidad de una revelación divina, hasta descubrir la religión de Cristo.

(2) *Summa Theologica*, IIa, IIae, qu. 85, art. 1, *ad Resp.*

(3) *Los Alimentos del Hombre*, II, 367-9.

Biblioteca Nacional de España

Pero volviendo a «El Año Santo de Roma»: dejamos al Hombre al comienzo del viaje de la Vida después de haber escuchado las voces sobrenaturales que le impelían a caminar hacia el fin, pero advirtiéndole que a su término le espera premio o castigo. Pero aun sabiéndolo, no se halla capacitado para escoger entre uno y otro sendero, y así pregunta:

> ¿No habrá quien a un viador diga el camino,
> para bajar desde este monte al llano?

Y en aquel punto se le aparece su Albedrío, desarrollándose entre ambos el siguiente diálogo:

ALBEDRÍO Sí habrá; conmigo ven.
HOMBRE De ti me fío,
pero dime, ¿quién eres?
ALBEDRÍO Tu Albedrío.
HOMBRE ¿Fué tuya aquella voz que el viento hería,
llamándome?

Y en su réplica, el Albedrío ofrece excelente definición de sí mismo:

Llamar no es acción mía,
el *mover*, sí, tu afecto y tu cuidado
a ir o no ir adonde te han llamado.
Y porque neutral no estés
cuando por dos sendas vas,
vengo a que una elijas.
HOMBRE Pues,
¿cuál la que he de seguir es?
ALBEDRÍO La que te agradare más,
que yo, siempre que estuvieres
entre dos sendas perplejo,
convendré en la que eligieres;
y así, toma mi consejo
y echa por donde quisieres;
si bien, al ver que caminas
entre halagos y rigores
de abrojos y clavellinas,
diré que pises las flores
primero que las espinas:

Biblioteca Nacional de España

ven por aquí, que éste ha sido
el camino más trillado.

Seguidamente el autor ilustra el juego escénico con esta acotación: «Empieza a bajar el Hombre por el camino de rosas, llevando delante al Albedrío». Es decir, que es el Hombre *quien* lleva al Albedrío, no el Albedrío al Hombre; y, sin embargo, el Hombre va *detrás*. Mientras bajan surge la duda, la inquietud en el ánimo del Hombre. ¡Cuánto diera por oír de nuevo las Voces! Estas se dejan oír otra vez; repiten la canción primera y terminan con esta advertencia:

dichosos aquellos que, peregrinando,
merecen que el año reparta con ellos
la acción de piadoso, el renombre de santo.

Y el Hombre exclama: «Así es; ven tú ahora tras mí». Y así diciendo comienza a descender por el camino de abrojos «llevando el Albedrío detrás».

Replícale el Albedrío:

Si haré, que el imperio mío
no es forzar, inclinar sí,
y no fuera tu Albedrío
a no sujetarme a ti,
que aunque yo tan libre soy,
es para el arbitrio ajeno,
no para el propio, y estoy
dispuesto a ser malo o bueno
según lo es con el que voy.

No está clara la razón que impele al Hombre a seguir el camino de abrojos bajo la guía del «impulso divino». Aquí el autor arguye al revés a los efectos de su moraleja; pero en todo caso, el argumento era de fácil comprensión para el auditorio.

El Hombre y su Albedrío descienden hasta el escenario, donde se detienen, porque el Hombre sigue sin saber por cuál de los caminos decidirse. Mira en torno en busca de guía y se encuentra con el Amor de Dios, a quien dice:

Biblioteca Nacional de España

HOMBRE Ciego pregunto...
AMOR ¿Qué?
HOMBRE ¿Adónde va este camino?

Aquí tenemos otro elemento típico de la filosofía calderoniana, que también es agustinismo puro y que ayuda a explicar sus alusiones al «impulso divino». El hombre es ciego, esto es, inculto aún, y por sí solo no puede elegir; pero obedece al «impulso divino» y al punto encuentra guía. Este guía es el Amor de Dios o, en otros términos, la Fe, porque Calderón, en varias ocasiones, alude a la Fe como si se tratase de un acto de amor, no de la inteligencia, pues sostiene que esta es ciega si no le ilumina la Fe. Tanto como San Agustín, estaba convencido de que ni la verdad de la Cristiandad ni la verdadera filosofía de la vida pueden comprenderse hasta que la Fe ilumina la inteligencia y se refiere a la Fe, no sólo como principio de toda sabiduría, sino como base de todo conocimiento. San Agustín sostenía que el orden natural era que la autoridad, es decir, la Fe, precediese a la razón cuando de aprender se trata (1). Y así, en este auto encontramos al Hombre enseñado por la Fe, pero sólo porque por un dominio de su voluntad se ha preparado para recibirla al aceptar y obedecer al «impulso divino».

Y así el Hombre pregunta al Amor de Dios la razón de todas las cosas que quiere saber. Y el Amor de Dios responde que puede guiarle porque no es ciego como el Amor de la Carne y que, aunque hay muchos caminos, sólo uno conduce a la Jerusalem celestial y que sólo él puede llevarle hasta allí; sólo siguiéndole puede el Hombre encontrar la felicidad. De este modo se dan al hombre las primeras lecciones en la Fe. Se le enseña que es cuerpo y alma; que las facultades del alma y los sentidos corporales operan en direcciones contrarias y que el fin de su existencia es amar y servir a Dios. Se le explica el sentido del Jubileo de la Redención: se le hace ver cómo la raza humana cayó en pecado; cómo Dios se hizo

(1) *De Moribus Ecclesiae*, lib. I, cap. 2.

Biblioteca Nacional de España

hombre y murió por los hombres sufriendo la infinita expiación por la falta infinita y cómo la antigua dispensación divina abrió el camino a la nueva. Si el Hombre se decide a seguirle —dice el Amor de Dios— él le presentará a otros compañeros que serán sus amigos en la jornada. En esto el Hombre se vuelve hacia su Albedrío y pregunta qué piensa de este ofrecimiento, y aquél replica:

ALBEDRÍO Tuya ha de ser la elección,
y siempre el parecer mío
ha de estar sujeto a ti.
HOMBRE Sí, pero siempre sujeto
con repugnancia.

Y entonces el Hombre se vuelve de nuevo al Amor de Dios para decirle que acepta su ofrecimiento y que le seguirá. Pero al echar a andar vacila un punto al darse cuenta de que el camino es de mortificación, momento que aprovecha el Albedrío para intentar por última vez disuadirle:

ALBEDRÍO Si allá otra senda se ve
no vayas por esta estancia.
AMOR Este es el camino mío.
HOMBRE Ven; no tan presto, Albedrío,
empiece tu repugnancia.

BIBLIOTECA NACIONAL

Otros nueve compañeros le son presentados por el Amor de Dios y todos juntos son las diez virtudes que corresponden a los diez Mandamientos: Amor de Dios, Temor de Dios, Culto divino, Obediencia, Castidad, Seguridad, Verdad, Honor y Desprecio de los bienes del Mundo. Ignoro por qué Calderón habla de la Seguridad como virtud correspondiente al Séptimo Mandamiento. Mejor habría sido Justicia. Pero Calderón salta del aspecto individual al social. Acaso se encuentre la justificación de esto en la alegoría, porque las Virtudes acompañantes han de preparar al Hombre para su peregrinación, y es indispensable que se le revista de alguna garantía de Seguridad; y así, la Seguridad le ofrece una espada para el camino. Hechas las presentaciones, acepta la

Biblioteca Nacional de España

amistad de todas las virtudes, abrazándolas por turno, pues serán sus amigas. Provisto de todo lo necesario para la peregrinación por sus nuevas amistades, todos juntos comienzan la jornada cantando esta plegaria en demanda del pan cotidiano:

Oh Pan de Angeles,
tu gracia sálvenos,
a los que débiles
por estos ásperos
valles de lágrimas
peregrináremos.
Oh Pan de Angeles,
tu gracia sálvenos,

De este modo adquiere los hábitos propios de las virtudes, y así se hallará dispuesto a obrar conforme a su naturaleza.

Aquí empieza el conflicto dramático. Ocultos, callados, dos testigos han presenciado la escena: Luzbel y la Lascivia. Ambos, enfurecidos por lo que han visto y oído, deciden impedir que el Hombre llegue a la Nueva Jerusalem. No importa que sean tan sólo dos contra doce, pues la Lascivia, «el capital de los vicios», se considera suficiente por sí sola para vencer a todas las virtudes. No obstante, Luzbel decide llamar en su auxilio otro cómplice: el Mundo. No se hallan agrupados de este modo en Santo Tomás: Mundo, Carne y Demonio; pero la agrupación es tradicional y se debe, creo, a San Agustín. Calderón cuida muy mucho de señalar hasta qué punto puede considerarse al Mundo como enemigo del Alma, y por ello replica como sigue cuando sus compañeros le dicen que prepare la Posada del Vicio, en la que el hombre encuentre alivio y reniegue de sus acompañantes:

Yo
ni obedezco, ni replico,
que, aunque enemigo del hombre
soy, no lo soy positivo,
pues, por ser Mundo, no soy
precisamente enemigo,
sino respecto de aquellas

Biblioteca Nacional de España

ocasiones que en mí admito:
y así, aunque tengo mesones
de pecados y vicios,
tengo también de virtudes
y penitencias asilos,
y no sé a cuál le lleven
las gentes que trae consigo.

Ha de resignarse Luzbel a pedirle que prepare posada donde el peregrino encuentre molicie y buen yantar, a lo que responde el Mundo: «Sí haré; que ese es mi oficio». Y mientras lo hace así, la Lujuria queda apostada en la ventana del mesón para invitar al Hombre a que entre; entre tanto, Luzbel sale a su encuentro para ver de dirigir sus pasos hacia la posada. Vestido de viajero acércase al Hombre y a sus compañeros para preguntarle el camino hacia la mejor posada:

AMOR Bien se ve que vais perdido.
LUZBEL ¿En qué?
AMOR En que venís de donde
todos vamos, y es indicio
que, quien deja el fin atrás,
ya va errado en el principio.

Impasible al desaire, Luzbel replica:

Aunque puedo al argumento
responder, más solicito
informarme que argüir:
¿no vais al Mundo?

Enterado de que así es, en efecto, únese a la compañía y se ofrece a pagar todos los gastos de permanencia en la posada. Conmovido por tanta generosidad, el Albedrío exclama: «Es un bendito», y prosigue en sus quejas contra lo escabroso del camino y la duración del viaje, a lo que Luzbel contesta señalando la espléndida posada que se divisa en lontananza y que, hospitalaria, les aguarda.

Niéganse las Virtudes a entrar, alegando que tanto lujo puede convenir al Demonio, que es «caballero», pero que ellas

Biblioteca Nacional de España

nacieron pobres (pobres nacimos) y sólo precisan modesto abrigo. En lo alto de la torre canta la Lujuria; canción que dice de las delicias que encontrarán en la morada. El Hombre se siente cautivo de la voz y del rostro de la Bella y, con el Albedrío, se dirige hacia la entrada. Detiénele el Amor de Dios, pero el Hombre insiste, afirmando que alguna satisfacción merece tras tantas fatigas y pesares. De este modo vemos cómo al dejarse seducir por la máscara de la Lujuria pierde el Amor de Dios, a quien aparta de su lado. En el juego escénico el Hombre, al apartar de sí una virtud, dice o hace algo que le obliga a hacer lo mismo con la siguiente. Al llegar a la quinta siéntese alarmado ante las consecuencias, pero ha ido demasiado lejos y su Voluntad está tan debilitada (está a punto de perder el *hábito* de la virtud) que su Albedrío se niega a retroceder y el Hombre se ve obligado a luchar con él, en tanto aquél se queja de que fuerza sus propios deseos. La Lujuria reanuda sus seducciones y el Hombre, rendido, aparta a las virtudes restantes, y aunque consciente de que un peligro le aguarda, dice:

> solicito,
> mariposa de sus rayos,
> morir a tan gran peligro

Su Albedrío intenta el mutis, desapercibido:

> HOMBRE Albedrío, ¿dónde vas?
> ALBEDRÍO Pensé que no me habías visto.
> HOMBRE Vuelve conmigo.
> ALBEDRÍO Mejor
> será venirte conmigo.
> (*Luchan los dos, y el Albedrío le arrastra.*)
>
> HOMBRE No me arrastres.
> ALBEDRÍO ¿Cómo no
> haces fuerza ahora?
> HOMBRE Imagino
> que es esta la diligencia
> que hay entre mí y mi Albedrío;
> que una vez lidio con gana

Biblioteca Nacional de España

de vencer, y otra vez lidio
con gana de no vencer;
y así, mas fuerza no aplico,
porque quise vencer antes,
y ahora, quiero ser vencido:
tras ti, Albedrío, me lleva.

Pero aún el Hombre se muestra sorprendido de que no quieran seguirle las Virtudes y de que éstas, cogiéndose de las manos, se nieguen a dar un paso.

HOMBRE ¿Así os vais dando las manos
unos a otros?
AMOR Es preciso;
o todos contigo queden,
o nadie vaya contigo.
HOMBRE Pues idos todos, que yo,
en descansando, al camino
saldré a alcanzaros.
AMOR Quizá
no podrás.

El Amor de Dios le advierte que no podrá hacerlo por sí solo: sin la ayuda de Dios puede perder la Gracia divina, pero no le es dable alcanzarla de nuevo sin su ayuda. Burlón, el Hombre le acusa de ser alarmista, y volviéndose hacia la torre pide posada.

LASCIV. ¿Quién es quien llama a su umbral?
ALBEDRÍO ¡Linda flema!
HOMBRE Un peregrino,
que a tu voz llamado, vino,
porque en tu luz celestial
las glorias del Mundo fundo.
LASCIV. ¿Las glorias del Mundo?
HOMBRE Sí.
LASCIV. Pues estas son, porque así
pasan las glorias del mundo.
(Húndese la torre en el carro con mucho fuego.)

¡Adiós ilusiones! Ante este castigo, ablandada su voluntad, el Hombre comprende que lo ha sacrificado todo por un

Biblioteca Nacional de España

bien aparente, por pasajera ilusión. Humildemente solicita del Mundo amparo, cobijo contra la frialdad de la noche, y éste replica:

> Yo al que ofrezco un palacio
> le doy una sepultura.

Asombrado, contempla cómo a sus pies se abre una fosa. De esto se infiere que por medio del pecado el Hombre se da cuenta del miedo a la Muerte, y el personaje empieza a desesperar mientras Luzbel le dice al oído que todos los placeres del mundo no son sino vanas sombras; que para siempre perdió contacto con sus compañeros, que no podrá seguir el buen camino y que todos han de conducirle a su tumba. Y, a pesar de sus esfuerzos, el Hombre no puede retroceder, en tanto su Albedrío le contempla impotente.

> HOMBRE ¿Quién aquí me trajo?
> ALBEDRÍO Yo.
> HOMBRE Pues sácame tú.
> ALBEDRÍO Es cansarte
> que de otros puedo apartarte,
> pero de la muerte no.

Trata el Hombre de escapar, y, al hacerlo, cae en la fosa, donde yace impotente y de donde no acierta a sacarle su Albedrío. Prorrumpe en voces demandando auxilio al Amor de Dios, que, instantáneamente, aparece a su lado. Pero el Amor de Dios solo no puede libertarle, y, a petición del Hombre, se acercan las demás virtudes, cogidas de las manos, y sólo cuando las diez reunidas juntan sus esfuerzos pueden sacarle de allí. Con ello se demuestra que la Fe, por sí sola, no basta a la salvación del Hombre, y que éste necesita la ayuda de todas las virtudes prácticas. Esta doctrina teológica se explica claramente mientras cada una de las virtudes se acerca al Hombre y le pide permiso para venir en su ayuda. Libre ya del Pecado y del temor de la Muerte, el Hombre camina en compañía de las Virtudes y con el Albedrío, obediente y sumiso a su lado, hacia la Nueva Jersulén, hacia el Palacio que no

Biblioteca Nacional de España

puede convertirse en humo y cuyas puertas se abrieron para el Año Santo, y termina el auto con este cántico del coro:

> Llega, hombre, llega a ganar
> el Jubileo, y repara
> que en el ara del Altar
> cualquier año es Santo para
> bien hacer y bien obrar.

En éste, como en todos los autos similares de Calderón, el conflicto dramático gira en derredor de la naturaleza pasajera del bien ficticio que nos ofrece el mundo, de la desilusión resultante de comprender el engaño, de la imposibilidad de que ningún bien terrenal satisfaga el anhelo del hombre por la felicidad y del ansia por un bien infinito y eterno más poderoso que el temor de la Muerte. En otros autos de Calderón se ofrece este mismo tema con mayor intensidad dramática y en una alegoría más sorprendente. Pero escogí éste por estimar que la misma sencillez del asunto y de la acción dramática daría una idea más clara del empleo que hace de la Teología y de la Filosofía para llegar a su moraleja por medio del drama.

Desde el punto de vista filosófico, este auto es uno de los más sencillos, porque en la escena vemos al Hombre en la sola compañía de su Albedrío. En otras obras, Calderón se aventura por caminos más tortuosos del análisis psicológico. Pero su psicología sigue las líneas generales de la agustiniana. Sólo cuando desea adentrarse más profundamente en la naturaleza humana recurre a Santo Tomás. La psicología agustiniana es mucho más sencilla que la tomística, y aún es tradición enseñar en el Catecismo que las facultades del alma son tres: Memoria, Entendimiento y Voluntad. ¿Cuál hubiera sido la sorpresa de un público de tiempos de Calderón de habérsele enseñado lo contrario? Para Calderón, la Memoria es facultad espiritual de máxima importancia y desempeña papel principalísimo en el conflicto moral del drama, porque su función es dirigir los pensamientos del Hombre hacia Dios y hacia la otra vida por medio de «acuerdos mortales», como los llama

Biblioteca Nacional de España

el autor, esto es, recordándole constantemente que el Hombre es mortal y ha de morir; y, para Calderón, el temor de la muerte (y por consiguiente la memoria) es uno de los mayores incentivos de la vida virtuosa (1). La fuerza dramática de esto es evidente, y por esta causa en los autos calderonianos la Memoria no es una facultad sensitiva interna, ni parte de la operación de la inteligencia activa (como enseña Santo Tomás), sino en realidad un poder espiritual por cuyo medio Dios ilumina la inteligencia. Así, en uno de los autos, la Culpa dice a Luzbel que la Gracia siempre ayuda al Hombre:

> le está dictando el gemido
> a Dios, que clemente, que fiel, que benigno,
> busca su memoria por darle tu olvido (2).

Este concepto de la Memoria acaso se base en la concepción plato-agustiniana, pero conduce a un absurdo filosófico, sin justificación posible. Pero si no la filosófica, sí existe la justificación dramática, y en determinadas circunstancias esta consideración es de mayor monta. La psicología calderoniana, como la de San Agustín, es, más que psicología, ciencia moral. A los fines del drama toda su psicología ha de ser concreta, práctica. Calderón hace uso de la Teología con el propósito de instruir; en cambio, sólo recurre a la filosofía cuando puede influir en la vida moral del Hombre, cuando puede traducirse en «práctico concepto» en más de un sentido.

Para Calderón, por tanto, el Hombre se compone de cuerpo, con sus cinco sentidos, y alma, con sus tres facultades; sentidos y facultades que hacen su aparición como personajes dramáticos, si bien sólo en dos ocasiones se reunen todos en escena. Sólo en uno de sus autos, de los primeros que escribió (*El pleito matrimonial del Cuerpo y el Alma*), encontramos al Hombre representado por el Cuerpo y el Alma; jamás repitió

(1) Véase el papel dramático que desempeña la Memoria en *El Pleito Matrimonial.*

(2) *La Nave del Mercader*, I, 241.

Biblioteca Nacional de España

esta prueba, en que la alegoría le forzó a presentar la unión de ambos como de efectos muy desgraciados y estorbándose mutuamente; en consecuencia, recurre a todos los medios para conseguir la ruptura. Como drama, puede ser y está bien; hasta cierto punto está de acuerdo con la Teología tradicional, pero es mala filosofía (1).

Calderón ha de hacer en escena lo que la mayoría de nosotros hacemos en imaginación cuando intentamos comprender la psicología tomística; esto es, dar forma corpórea, personificar las facultades intelectuales. Esta tendencia es, naturalmente, peligrosa. Pero Calderón, como dramaturgo de la escolástica, no puede hacer otra cosa. Hasta cierto punto, esto está justificado por parte del autor, ya que la diferencia entre el Hombre y sus facultades es, después de todo, una diferencia *real* no puramente lógica; las facultades intelectuales son los *medios* empleados para llegar al fin deseado. La inteligencia lo ignora, pero el Hombre lo sabe por esos mismos medios. De igual modo, no desea la voluntad, sino el Hombre por medio de ésta. Sobre esta base puede establecerse la separación entre el Hombre y sus facultades, y Calderón trata de demostrar que, en escena, es el Hombre quien entiende, recuerda y quiere, y que los demás personajes, Entendimiento, Memoria y Voluntad, son los medios de que se vale. No lo logra plenamente, porque el mero hecho de la personificación y las exigencias del conflicto dramático producen, inevitablemente, la impresión de que estas facultades tienen su razón de ser propias.

Como personaje dramático, el Entendimiento tiene todas las

---

(1) En unos pocos autos encontramos juntos al *Hombre* y a la *Naturaleza Humana*, pero esta división no tiene significación filosófica. En *Lo que va del Hombre a Dios*, Calderón da a entender que los dos representan el cuerpo y el alma (III, 13), pero esto se olvida al final del auto cuando la Naturaleza Humana se salva y el Hombre es condenado. En *El Diablo Mudo* esta distinción es necesaria para presentar alegóricamente el dogma de la Encarnación; así dice la Naturaleza Humana: «... en los dos—hay hoy esta diferencia,—que él lo es en particular,—y yo en común» (VI, 167).

Biblioteca Nacional de España

preferencias; es, según Calderón, el Piloto de la Nave humana (1). Es, en todo momento, evidente su superioridad sobre las facultades restantes (2); con frecuencia se presenta sola, porque en ella se contienen las otras dos (3). Cuando aparecen juntos los tres, el Entendimiento gobierna y dirige. Del mismo modo también están bajo su férula los sentidos. De acuerdo con la peculiar concepción calderoniana, la Memoria nunca se enfrenta con el Entendimiento ni le contradice. La piedra de toque del conflicto dramático es el antagonismo existente entre el Entendimiento y los sentidos corporales, quienes reclutan, con frecuencia, los buenos oficios del Albedrío. En su forma externa, el Entendimiento viste siempre los ropajes de un anciano; «generoso Entendimiento» (4), le llama Calderón, revistiéndole de toda la sabiduría, prudencia y dignidad que son atributos de los muchos años. Sus consejos continuados, a veces desagradables, disgustan a los sentidos, frívolos compañeros del Hombre, quienes le increpan echándole en cara sus cabellos canos:

> **Prudentísima vejez:**
> **que, aunque somos de una edad,**
> **sólo tú cano te ves,**
> **porque te ha hecho tu podrida**
> **condición encanecer (5).**

A pesar de los malos tratos del Hombre permanece fiel, paciente, dispuesto siempre a acudir en su ayuda con sus consejos.

Esta exaltación del Entendimiento o de la Razón (como diferente de la sabiduría) se acerca mucho más a Santo Tomás que a San Agustín.

En escena, el Entendimiento desempeña el papel de amigo

---

(1) *Los Encantos de la Culpa*, V, 112.
(2) *La Nave del Mercader*, I, 247-8.
(3) *El Veneno y la Triaca*, IV, 225.
(4) *Los Encantos de la Culpa*, V, 112; *El Veneno y la Triaca*, IV, 226.
(5) *Los Encantos de la Culpa*, V, 113.

Biblioteca Nacional de España

y consejero del Hombre, mientras que los Sentidos son sus servidores:

> humanos sentidos míos,
> vasallos que componéis
> la república del Hombre,
> que mundo pequeño es... (1).

Por ser funciones materiales resultan pesados, desaliñados como caracteres dramáticos. Jamás obran espontáneamente; cuando el entendimiento incita al Hombre a realizar acciones nobles o le infunde elevados pensamientos, los sentidos, con su indolencia, con su desgana, le ofrecen la tentación de sus placeres sensuales y tratan de inclinar en favor de éstos los platillos de la balanza. Este solaz, este bienestar, este placer que le ofrecen los sentidos y hacia los que tratan de inclinar su ánimo, es la línea de menor esfuerzo, de mínima resistencia. Por instinto el Hombre tiende a seguirla, mas como su razón le dice que obra mal, es preciso que el Entendimiento haga mutis, y así se lo ordena; al volverse ve cómo, bajo el mágico poder de la Lascivia, sus sentidos sufren, cómo son golpeados brutalmente y cómo se transforman, por arte de magia y ante sus propios ojos, en animales. Mas aún; el Hombre en persona se convierte en esclavo de la Lascivia, y entonces escucha la voz de su Hacedor que clama desde lo profundo de su alma:

> ¡Cuánto frustras
> mi imagen, pues va a ti viva
> y me la vuelves difunta! (2).

Sólo escuchando la voz de la Razón que le mueve a reaccionar y llamándola de nuevo a su lado puede salir de aquel marasmo y volver los Sentidos a su propio ser. De ello deduce el autor que el Entendimiento, no los Sentidos, es el prin-

---

(1) *Los Encantos de la Culpa*, V, 112.
(2) *Lo que va del Hombre a Dios*, III, 32.

Biblioteca Nacional de España

cipio activo, específico, de los seres racionales. Descartarle es «contra natura».

Con este tratamiento dramático de la Voluntad, Calderón se acerca al Tomismo todo lo que se lo permite el medio dramático. Incurre en algunas contradicciones, debidas, no a confusión en lo que se refiere a la naturaleza y función del Albedrío y su libertad, sino a la naturaleza del tema dramático que exigía que el Hombre y su Albedrío (llamado también Libre Albedrío y a veces Voluntad) fuesen representados frecuentemente por personajes antagónicos. La lucha en la vida humana por conseguir una voluntad disciplinada y los peligros morales de una voluntad desordenada se retratan con efectos admirables; pero es de todo punto imposible presentar, como si fuesen personajes distintos, el ser y la función, que, por su naturaleza misma, son inseparables.

Calderón insiste en que el Albedrío es completamente libre, y que esta libertad implica la facultad de elegir la línea de conducta que el hombre estima buena, ya que la voluntad está determinada por su fin natural, que puede ser o el Bien en general o un bien particular. El Hombre, por tanto, no se halla en libertad de rechazar la felicidad, sino que ha de buscarla en todo momento. Este es el tema central de los autos; y la esencia del conflicto dramático reside en la posibilidad de perder la verdadera felicidad por buscar la falsa (1). Y Calderón emplea toda la fuerza de su arte en demostrar que las glorias mundanas y los deleites sensuales no conducen a la felicidad; que la verdadera felicidad se encuentra en la conducta recta, y que el conocimiento de ésta ha de hallarse en la sabiduría alcanzada por la mente cuando la razón se ve ilumi-

(1) «¡Oh qué bien dijo el que dijo—que la felicidad era—de los vicios inventora,—y de las delicias maestra!—Porque el mendigo del gusto—en el primero se ceba,—temiendo si aquél le falta—que otro a buscarle no venga;—pero quien los tiene a mano,—con hastío los desprecia,—y, para hacer que sean otros,—circunstancias los inventa;—que no hubiera en las delicias—variedades, si no hubiera—en la dicha de gozarlas—la desdicha de creerlas.» (*El Laberinto del Mundo*, VI, 414.)

Biblioteca Nacional de España

nada sobrenaturalmente por la Fe, y cuando la Voluntad está suficientemente disciplinada para desear y escoger aquellos medios que le llevarían a descarriarse del camino. Esta Fe ilumina su razón; nunca la oscurece ni influye contra su naturaleza. El seguirla, por tanto, no va en detrimento de la libertad; por el contrario, de este modo goza el Hombre de la única libertad verdadera, porque la libertad es ordenada cuando el Hombre obra con arreglo a la razón recta, iluminada, y es desordenada cuando obra en sentido contrario. La libertad para seguir este último camino es signo de libertad, pero de ningún modo forma parte como factor esencial de la libertad. Por consiguiente, cuando en estos autos el Hombre rechaza todos los goces mundanales como fines en sí mismos, cuando abandona la perspectiva de la felicidad sobre la tierra (Felicidad que, incidentalmente, ya vió que no existía en realidad), en la seguridad de obtener en el porvenir felicidad infinita, hace uso de su libertad hasta su límite máximo, puesto que acepta la iluminación sobrenatural de su Voluntad por medio de la Gracia, del mismo modo que aceptó la iluminación sobrenatural del Entendimiento por medio de la Fe. Por la primera llega a la verdadera sabiduría, por la segunda a la libertad verdadera. Este concepto de la libertad, que es la base del conflicto moral en los autos de Calderón, es tomismo puro.

En los autos, esta libertad se logra por la disciplina ejercida sobre el personaje Albedrío por el personaje Hombre. Siendo personas distintas uno puede guiar al otro, y así vemos que unas veces guía el Hombre y otras el Albedrío. Como consecuencia de la caída del Hombre, éste no nace con un equilibrio perfecto entre las facultades y los sentidos. Ha de elegir entre el Bien y el Mal, reflejándose este dualismo, en primer término, como ya hemos visto, por la innata hostilidad entre el Entendimiento y los Sentidos. También se refleja en el Hombre y su Albedrío, ya que al inclinarse el Hombre, por los esfuerzos persuasivos de los sentidos, hacia los placeres presentes, a pesar de la perspectiva de sufrimientos venideros y en vez de seguir al Entendimiento que le aconseja buscar la felicidad futura a cos-

Biblioteca Nacional de España

ta de sufrimientos actuales, también el Albedrío se inclina en el mismo sentido (1). De aquí el antagonismo entre la Voluntad y el Entendimiento. Al Hombre le es más fácil seguir las indicaciones de los Sentidos, por ser la línea de menor resistencia, y así se alboroza el Albedrío cuando tal acontece. Si en el escenario el Hombre sucumbe a la tentación, vemos cómo el Albedrío se adelanta rápido, gozando en la elección, mientras el Hombre sigue con paso más mesurado. Si, por el contrario, el Hombre aparta de sí la tentación y acepta los consejos del Entendimiento, sigue sus huellas el Albedrío, refunfuñón siempre, a las veces sarcástico, pero en todo momento obediente. Por esto puede decirle el Hombre que siempre «está sujeto con repugnancia». En otras ocasiones, por ejemplo, cuando el Hombre camina en pos del Albedrío, casi podría afirmarse que el primero se halla sujeto a la voluntad del último; de esto se vale el autor para demostrar que, al obrar mal, el Hombre no se halla en completa posesión de su Libre Albedrío, porque al desoír los consejos de la razón se deja llevar de sus emociones. Por eso vemos con frecuencia que el Hombre lucha con su Albedrío sobre las tablas, pues sólo con plena autoridad sobre éste, es decir, cuando el Albedrío está completamente disciplinado, puede el Hombre obrar con entera, absoluta libertad. Y es curioso observar que es únicamente el Hombre quien lucha: el Entendimiento, la Gracia, el Demonio no pueden hacerlo (2). Estos persuaden, convencen, pero sólo Hombre es dable emplear la fuerza.

Por otra parte, el Albedrío no tiene poder para forzar al Hombre a seguirle; cuando tira de él o le precede en el caminar sólo puede hacerlo porque el Hombre se lo permite, y así el Albedrío le dice: «Yo inclino, mas no fuerzo» (3), y

---

(1) «... pues me dais a escoger:—aquí un bien que brota espinas;—que inspira auras un bien;—perdona, que la esperanza—trueque a posesión, porque—fuera muy necio en dejar—lo que es por lo que ha de ser.» (*El Valle de la Zarzuela*, IV, 51.)

(2) *La Hidalga del Valle*, IV, 112; *El Pintor de su Deshonra*, I, 392-3.

(3) *Psiquis y Cupido para Toledo*, II, 51. Dice también el Albedrío:

Biblioteca Nacional de España

también: «Tu Albedrío no tiene acción» (1). De este modo salva Calderón la responsabilidad moral del personaje Hombre, pues cuando achaca la culpa de sus actos a su Albedrío, respóndenle al punto que miente tanto su Entendimiento como la Gracia (2). A fin de salvar la responsabilidad moral del Hombre, el Albedrío ha de aparecer indiferente, indeciso y hasta impotente; por eso afirma que no «tiene acción». Desde el punto de vista filosófico, esto es inexacto. La verdadera teoría es que la Razón juzga de la bondad real o aparente de las cosas, dependiendo de la voluntad las decisiones; pero Calderón se ve obligado a escoger entre dos males el menor, y así priva al personaje Albedrío de la facultad de poder decidir. Esto implica que el Hombre decide por medio de la razón y ejerce su libérrima voluntad al escoger (3). La realidad es que la Voluntad escoge los medios de llegar al fin: en tanto los medios a emplear son discrecionales, a la Voluntad no le importa cuáles sean los que emplea, y en esto no le falta razón al autor cuando presenta al Albedrío indiferente, indeciso. Pero cuando la razón ha determinado los medios a emplear, toca a la Voluntad hacerlos efectivos, y, en consecuencia, no puede ser impotente y deja de ser indiferente en cuanto actúa. Pero, como ya he apuntado, prefiere que el Albedrío se represente impotente antes que dejar traslucir la responsabilidad moral del Hombre pre-

---

«Yo, como soy Albedrío,—persona de poco seso,—no tengo voto; y así—por el vuestro me gobierno» (pág. 50).

(1) *El Pintor de su Deshonra*, I, 386.

(2) HOMBRE ... ¿Qué he de hacer,
si me arrastra mi albedrío?
GRACIA Mientes, porque él no te arrastra,
ni tiene para eso arbitrio.

(*El Año Santo en Madrid*, II, 222.)

(3) Con esto es casi imposible no dar al Hombre una voluntad propia que no es la de su Albedrío, verbigracia: «... ¿No consideras—que eres Albedrío, y no tienes—elección para que quieras—más de lo que quiera yo?» (*Psiquis y Cupido para Toledo*, II, 57.)

Biblioteca Nacional de España

sentándole a merced de algún poder externo y extraño al Hombre mismo. De haber escrito para solaz y entretenimiento de filósofos, éstos le habrían comprendido; pero escribió, primordialmente, para instruir a gentes sencillas y cuidó mucho de no producir en su ánimo impresiones falsas. Que escribiese como lo hizo y que sus autos alcanzaran máxima popularidad, dice mucho en favor del nivel cultural de los madrileños del siglo XVII (1). Es indudable que algunas de las sutilezas en que abundan los autos escapasen a la comprensión de los más; acaso su popularidad se debiese más a las imágenes poéticas y al vigor dramático con que revestía su doctrina; pero aun así, no se puede admitir que la doctrina se perdiese por completo; al contrario, mucho debió ganar en fuerza al presentarla tan bien acompañada.

Estas consideraciones nos llevarán de la mano a otras con que dar fin a esta disertación. Pero permitidme, primero, que resuma lo expuesto. Sólo me he preocupado de explicar una pequeña parte de la vastísima interpretación de la vida que el genio de Calderón lleva a la escena en sus autos sacramentales. Sólo he bosquejado un aspecto de su pensamiento. Queda mucho por decir. Ahí está toda la dramatización del Dogma, de que nada he dicho, como tampoco hablé del espíritu de su poesía. Calderón es el maestro cantor del desengaño, de la desilusión, y emplea la sonora riqueza de sus versos para insistir en la naturaleza pasajera, transitoria, de los bienes terrenales, en la hoquedad de los honores humanos, en la vacuidad de los aparentes valores sociales. En el teatro de Calderón el Hombre ansía el amor y la felicidad y lo sacrifica todo por lograrlos, para encontrarse luego con que se marchitan entre sus dedos o se esfuman ante su vista. La belleza de las flores, la belleza de la mujer, no son duraderas. Nada en el mundo es eterno, nada

(1) «Indudablemente grande debía de ser la cultura del pueblo que tales dramas comprendía, no sólo por la abundancia de nociones teológicas y filosóficas que allí se desarrollan, sino por la manera, a veces seca, siempre didáctica, con que están expuestas...» «Menéndez y Pelayo, *Calderón y su Teatro*, 4.ª edición (1910), pág. 139.

Biblioteca Nacional de España

infinito; nada, por lo tanto, puede satisfacer el ansia del Hombre por lograr amor y belleza. Deambulan juntos por el escenario el Placer y el Pesar y juntos penetran en la vida del Hombre. Pero en el escenario de Calderón se nos presenta el Placer con los ojos vendados por la Muerte y el Pesar con los suyos vendados por la Culpa (1), y ambos vagan de un lado para otro, ciegos, sin rumbo; y el Hombre se sirve de ellos o los maltrata según su antojo, pues no sabe cuál es cuál, por no verlos jamás sin las vendas que ocultan sus ojos, por no verlos nunca tal cual son en realidad, porque lo impiden la Muerte y la Culpa, que no se separan de ellos (2). Si, como dice el autor, el Hombre pudiera darles la bienvenida, al encontrarse con ellos en el camino de la vida, con igual cordialidad a ambos, aceptándolos como dones divinos, nada le importaría cuál era el Placer y cuál el Pesar, pues en ellos habría encontrado el Amor (3). Y es este amor el que explica tanta miseria y tanta

---

(1)

CULPA Ciega tú al Placer los ojos.
MUERTE ¿Cuándo yo no se los ciego?
CULPA Yo se los cegué al Pesar.
MUERTE ¿Cuándo tú no sirves de eso?
CULPA Ya no dirán de nosotros,
pues andan los dos a tiento.
PESAR ¿Por dónde vas, Placer?
PLACER Nunca
lo supe, pero ahora menos.
PESAR Ni yo tampoco.
CULPA Esto es...
MUERTE Mortales, hacer acuerdo...
CULPA de que el Placer ni el Pesar...
MUERTE no tienen seguro dueño:
LOS DOS no saben dónde a dar van
la tristeza ni el contento.

(*Lo que va del Hombre a Dios*, III, 18.)

(2) «... Naturaleza Humana—soy, y siempre me vi—entre los dos: apurar—no supo mi humilde ser—si Pesar era el Placer—o el Placer era el Pesar.» (*El Tesoro Escondido*, IV, 378.)

(3) «... si él a la angustia—o a la dicha recibiera—como dádiva abso-

Biblioteca Nacional de España

desilusión. Este amor, «fuente profunda de toda causa», es, al propio tiempo, centro y circunferencia del teatro religioso de Calderón, como lo es, también, de todo el pensamiento cristiano. Y por tener la certeza, nacida de la Fe y de la Razón, de que este amor es el primer principio y el último fin del Hombre, Calderón pone en boca de uno de sus personajes, cuando éstos han terminado de representar sus papeles en el drama de la vida, lo siguiente:

> Al teatro pasad de las verdades,
> que éste el teatro es de las ficciones (1).

Esta exposición necesariamente incompleta, bien poco puede probar. Sólo un estudio completo y profundo de los autos puede demostrar si Calderón merece o no el título de dramaturgo de la Escolástica; si logró o no su objetivo; si, en fin, la doctrina patrística y escolástica, es decir, el pensamiento católico puede y debe ser llevado al teatro. Si creéis que Calderón ha demostrado plenamente que se puede y debe llevar a la escena, ¿por qué no se ha de intentar de nuevo?

Mucho cambiaron los tiempos. Estos autos, tan populares un tiempo en España, apenas lo serían hoy. Tampoco es de esperar que lo fuesen en Inglaterra. ¿Quiere esto decir que la cultura, el arte, la poesía y el teatro sean más pobres hoy que en el siglo XVII? ¿O significa, acaso, que Calderón fracasó en su empeño, porque falseaba, retorciéndolo, su arte y creaba una «aberración o excepción estética»? (2). Así se afirmaba en

---

luta—de Dios, con igual semblante,—ni fuera pesar la una,—ni fuera placer la otra,—sino amor entrambas juntas.» (*No hay más Fortuna que Dios*, IV, 135).

(1) *El Gran Teatro del Mundo*, I, 160.

(2) «Constituye (este género) una que no sé si llamar aberración o excepción estética, digna, desde este punto de vista, de muy detenido examen.» (Menéndez y Pelayo, *Calderón y su Teatro*, 4.ª edición, págs. 103-4.) Para el Conde de Schack, el auto sacramental era «eine excentrische Ausgeburt der Poesie.» (*Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in*

Biblioteca Nacional de España

aquellos días en que unos pocos, los escogidos, aún se interesaban lo suficiente por la obra calderoniana para que su arte excelso fuese materia de controversia. Controversia tan unilateral, dicho sea incidentalmente, que dió al traste con todo estudio serio y profundo del teatro de Calderón, que sólo ha resucitado en los tiempos modernos.

Este género teatral no es invención del genio calderoniano... Calderón perfeccionó, a su modo, una tradición centenaria en la cultura europea. Cuando ésta se perdió para Europa, España siguió adherida a la tradición secular durante dos siglos más, hasta perderla también, con tantas otras cosas de fuerte raigambre española. Desde entonces la religión se ha mantenido apartada del teatro. Acaso no sea llegado aún el momento de demostrar, como lo hizo Calderón, que el teatro puede ser teocéntrico y, por consiguiente, humanista, en la verdadera acepción de vocablo tan mal empleado. ¿No ha sonado la hora de que, en el mundo dramático, el Hombre ocupe su verdadero lugar, no como un dios, ni tampoco como esclavo del destino, sino como ser libre «poco menos que el ángel?» (1). No quiero poner como modelo a Calderón ni inferir que su arte sea perfecto en todos los aspectos, pues es desigual y tiene sus puntos flacos. Pero tiene también sus bellezas, que culminan en la inspiración poética, genial, y en las manifestaciones de una inteligencia como pocas disciplinada.

Mi objeto ha sido probar que en Calderón hay un poeta dramático digno de consideración y estudio, no sólo por los

---

Spanien, 2 Aufl. (1854), tomo III, pág. 254.) Bonilla y San Martín creyó que: «muy pocos los leerán en estos días por puro placer estético.» (*Las Bacantes*, 1921, pág. 117.) Y Arturo Graf dijo del género: «Esteticamente è forma riprovevole»; pero añadió: «storicamente è forma legittima, opportuna è necessaria perchè si crea dalle stesse virtù dello spirito spagnuolo in quel tempo.» (*Studii Drammatici*, 1878, pág. 324.)

(1) *Lo que va del Hombre a Dios*, III, 17.

Biblioteca Nacional de España

amantes de la literatura o por los que se interesan por las tradiciones de la cultura, sino también por los que creen que la *philosophia perennis* es algo más que mera curiosidad histórica.

ALEXANDER A. PARKER

Biblioteca Nacional de España

La situación social del mundo

Uno de los méritos, porque tiene varios, que deben reconocerse al marxismo, es el de haber llevado a primera fila, en la causalidad de los hechos históricos, el factor económico. Ha errado el marxismo en conceder la primacía a este factor entre cuantos concurren a la formación de la Historia; pero ha sido un acierto suyo sacarle del olvido, de la postergación y hasta del desconocimiento en que se le tenía. La consideración de los factores económicos se hace indispensable para comprender y explicarse cualquier período histórico, y la crisis actual del mundo, siendo múltiples y diversos los aspectos que ofrece, se reduce, en fin de cuentas, a una crisis de la economía social.

Goza ahora de mucho crédito la idea de que estamos asistiendo a la agonía de un sistema político —el de la democracia liberal— que dió leyes al mundo civilizado y creó la ilusión de que era el camino por donde podía irse seguramente a la realización de los más vastos y bellos ensueños de la felicidad humana. Esa idea no es falsa; pero solamente descubre una parte de la verdad que está detrás de ella. El liberalismo político tiene contados sus días; pero es porque su base, el liberalismo económico, amenaza ruina.

La épica liberal canta hace tiempo en tono heroico la conquista revolucionaria de los llamados derechos del hombre y del ciudadano. Y no deja de ser frecuente, incluso en tratadis-

Biblioteca Nacional de España

tas nada afectos a las teorías liberales, la miopía que no percibe más que una revolución política en aquella conquista. Pero, en realidad, bajo la pomposa retórica de las revoluciones liberales, en cuya curva corresponde el punto máximo a la enfáticamente llamada Gran Revolución, lo que ellas traen no es principalmente la libertad política, sino la libertad económica. O, para hablar de modo más preciso, el libertinaje económico, amparado en fórmulas hipócritas de libertad política.

¿Qué es, en efecto, sino un inmenso libertinaje económico, todo el período de apogeo liberal en que nace, se desarrolla y alcanza su máximo esplendor el sistema capitalista? Durante ese período, las libertades políticas avanzan lentamente desde la teoría a la práctica, sin que en momento alguno lleguen a la plenitud de realización que les marcaban los postulados doctrinales del liberalismo vencedor; en cambio, la libertad económica se desenvuelve y realiza sin ningún género de trabas. El individualismo, parido y amamantado por la revolución liberal, a través de un largo proceso histórico que se inicia con la Reforma protestante, se ve frenado en el terreno político por la existencia del Estado, y de ahí la aparición del Anarquismo, extrema y lógica consecuencia liberal que cierra contra el Estado para que la libertad del individuo no encuentre valladar alguno; pero, en la esfera de la economía, el individualismo se mueve sin ningún freno. Si ley puede llamársele, el «dejad hacer, dejad pasar» es su lacónico y exiguo código fundamental. Y, de esta suerte, la economía del mundo, exenta de toda reglamentación y jerarquía orgánica, libertina más que libre, se construye en el mayor empirismo y de una manera casi anárquica. Se da el caso paradójico de que los Estados combaten con vigor al anarquismo en lo que tiene de manifestación política subversiva, mientras consienten y fomentan la magnífica anarquía del movimiento económico, que en pleno auge científico deja al azar, a la casualidad, a la suerte, cuando no a la temeridad, un crecido tanto por ciento de sus avatares.

En tanto la economía, así montada, pudo alimentarse sin

Biblioteca Nacional de España

tregua de los enormes recursos naturales que la civilización no había puesto aún en juego, sus avances fueron más impresionantes y copiosos que sus reveses, y este fué el tiempo de la grandeza capitalista, que sus más enconados adversarios no pueden menos de considerar con admiración. Pero las propias exigencias de una economía insaciable, que necesitaba multiplicar sus tentáculos —creando así en su propio seno unos formidables antagonismos de intereses— para satisfacer la creciente demanda de riqueza; el gigantesco desarrollo de la técnica industrial, que iba estableciendo una desproporción cada vez más acentuada entre la utilidad de la máquina y la utilidad de la mano de obra, con lo que se inicia ya antes de la guerra —que agrava luego el fenómeno con sus programas de racionalización de la industria— la aparición del paro forzoso, y, en fin, la guerra misma, que aniquila enormes cantidades de riqueza y hace cambiar de curso, cual una catástrofe geológica, las corrientes de la producción y del cambio, son causas que se conciertan para llevar al paroxismo la anarquía económica, que, como ya no puede compensar sus fracasos con las próvidas y fáciles ganancias de su período imperial, resbala, tropieza, cae y rueda hacia el precipicio de la crisis en que ahora se debate.

Por imperfecta que fuese la técnica económica en los siglos anteriores a la victoria del liberalismo, había en ella menos discordancia entre las conveniencias de la producción y las necesidades del mercado. Los reglamentos gremiales, que al anquilosarse y convertirse en monopolios abusivos de unas estrechas oligarquías productoras acabaron por ser trabas insufribles para el progreso económico, fueron, durante sus buenos tiempo, un excelente factor de armonía y de orden en la vida económica, porque contenían los excesos de la libertad en la producción, en el cambio y en el movimiento de los precios. Mientras subsistieron con su prudente mecanismo original, el mundo no conoció crisis tan hondas como la que ahora padece ni se dieron en él contrastes tan violentos y extremosos como los actuales entre la riqueza y la miseria. A ese pasado vuel-

Biblioteca Nacional de España

ven los ojos, sin percatarse bien de ello muchas veces, los sistemas corporativos que se ensayan y se preconizan en diversos países de Europa, si bien la tendencia está desvirtuada no poco por subordinársela a unos absorbentes nacionalismos cuya finalidad, preponderantemente política, se quiere realizar mediante todo género de servidumbres a la omnipotencia de un Estado, gemelo, en el fondo, de los más férreos despotismos. Pero, en resumidas cuentas, lo que esos sistemas proclaman, más o menos directamente, es la quiebra del liberalismo económico, impotente para salir de la crisis que él mismo ha causado; es la quiebra de una economía basada en los métodos anárquicos de ese liberalismo.

De esta quiebra económica se deriva el desorden social y la inestabilidad política de los días que corren. El comunismo y el fascismo son dos corrientes antagónicas, que, por cauces divergentes, tratan de llegar a un mismo fin: el restablecimiento de la economía mediante la sujeción de todos los intereses a un plan de coordinación. Ambos caen en el exceso antípoda del exceso liberal; éste concedía a la libertad virtudes taumatúrgicas; aquéllos la suprimen, aunque sofísticamente sostengan que al término de sus esfuerzos hallarán los hombres y los pueblos la verdadera libertad. Pero, si es imposible que el liberalismo se reponga de sus desastres, es muy posible que ni el comunismo ni el fascismo sean más que terapéuticas ocasionales, según circunstancias de lugar y tiempo, y no fórmulas definitivas de eficaz efecto. Acaso la solución esté gestándose, en este período histórico de transición, por los perceptibles fenómenos de ósmosis que se producen entre las viejas concepciones liberales y las nuevas doctrinas de cooperación económica y social.

Entre tanto, la situación social del mundo oscila bruscamente de la revolución a la reacción y viceversa, sin hallar el punto de equilibrio. Pero una y otra son incapaces de dar estabilidad al mundo, porque coinciden en el error de no ver más que hechos económicos. El liberalismo y el comunismo —y el fascismo tiene la habilidad de disimularlo, pero en realidad

Biblioteca Nacional de España

sigue la misma línea— son exponentes distintos de una misma apetencia, la prosperidad económica, de la que esperan obtener otros aspectos —para ellas secundarios— de la prosperidad colectiva y privada. Al fin y al cabo, por divergentes que sean, son ramas del mismo árbol, del materialismo, que brota de las siembras de rebelión antirreligiosa efectuadas en el siglo XVI por la mano de un Renacimiento que somete el espíritu al dominio de la sensualidad. Y pues el mundo ha llegado a la crisis actual, la más grave de su historia, por haberse desviado del sentido espiritual de la vida, fuera del cual no hay nada —ni, por supuesto, la economía— que no sea contingente y quebradizo, la situación social del mundo no podrá estabilizarse en la paz mientras éste no vuelva al camino que abandonó por correr tras el espejismo de una grandeza material, que sólo existe cuando dentro de ella hay un alma llena de grandezas. Y éstas no las puede fabricar el hombre. Para tenerlas, ha de pedírselas al Eterno Proveedor de ellas.

OSCAR PEREZ SOLIS



Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

El destino de las razas blancas

André Siegfried, se refiere a la «puesta en marcha» industrial de las razas de color.

Tema que raya en la obsesión es el de la decadencia de Europa y con más amplitud, de la raza blanca. Tema para tratado con frialdad y hondura, con la menor cantidad de sentimentalismo. Hay que encontrar el camino de salida con luz, no con arrebatos.

Nos ofrece una ocasión de estudiar el tema Henri Decugis con la obra «Le Destin des Races Blanches».

La prologa André Siegfried, maestro en varios aspectos, entre ellos en el tema de América y Europa, como más poderosos baluartes de la raza blanca.

Siegfried señala el desastroso efecto de la realidad económica, que no es otra que la supresión de compras de productos manufacturados que antes hacían las razas de color a la blanca. De aquellos países procedían las materias primas y en la raza blanca residía exclusivamente el conocimiento y destreza para transformarlas. Después de la guerra, con la mecanización del trabajo, una misma máquina puede fabricar lo mismo en Alemania que en el Japón. No hay el trabajo cuyo dominio único era característico de un pueblo; se teje igual en una que en otra parte del planeta, porque ya no tejen los hombres, sino las máquinas. El trabajo, dice Siegfried, es au-

Biblioteca Nacional de España

tomático, anónimo, inhumano. Así resulta que el mundo extra-europeo se industrializa con la ayuda de Europa, contra Europa misma.

Y tras de esto, nuestras características temperamentales, las posturas ante lo político y social. Nos vence la tentación de trasladar íntegramente lo escrito por Siegfried:

Se perciben repercusiones políticas que harán difícil, para Europa, el mantenimiento de su tradición liberal de dos siglos. Se distinguen perfectamente las fuerzas que tienden a dividir el viejo continente en unidades cada vez más numerosas: no puedo pensar que estas fuerzas sean, en el fondo, contrarias a nuestro genio; porque este genio es esencialmente un genio de individualidad, de personalidad, de distinción. Nos agrada ser distintos los unos de los otros, justamente porque tenemos personalidad y porque nuestras civilizaciones son más estimables y ricas en cuanto se orientan en sentidos diferentes. No he sentido nunca este carácter profundo de nuestra Europa como visitando los Estados Unidos; porque en el nuevo mundo es lo contrario: se afecta admirar y estimular la personalidad, pero en el fondo no se la ama; es contraria al sistema, a un sistema que vive de serie, de masa, de organización *standardisée*. Nuestra Europa, plena de nacionalidades, de reivindicaciones políticas, de revueltas, de lenguas diversas y de civilizaciones individualizadas, tiene el destino de ser ella. Y ella ha podido, en efecto, ofrecerse el lujo de ser así en tanto que era fuerte, más exactamente aún, en tanto que ella era sola. La historia del viejo continente es una interminable historia de rivalidades políticas, de divisiones, de guerras. Cómo la conquista del mundo ha sido posible en estas condiciones, es una pregunta que uno se hace, pero el hecho es cierto. Es la Europa de la guerra de los Siete Años, de las guerras napoleónicas, de la guerra de 1870, la que ha construído los más bellos imperios coloniales, la que ha edificado la más magnífica estructura industrial.

Es posible —prosigue Siegfried— que hoy, en la defen-

Biblioteca Nacional de España

siva, no nos podamos permitir esta fantasía de dividirnos, de disputar, de diferenciarnos. Es posible también que nuestro liberalismo, condición —sigo persuadido— de nuestra grandeza, no sea compatible con cierta concurrencia intercontinental de donde puede salir una amenaza de muerte. La eclosión general, en Europa, de los regímenes dictatoriales ¿no será, en más larga medida, el efecto de las circunstancias nuevas?

¿Debemos renunciar a toda hipótesis optimista? —se pregunta finalmente Siegfried—. Pueda ser que no. Séanos permitido imaginar, aunque ciertamente no la veamos venir, una prosperidad internacional que eleve los pueblos, y por consecuencia, los nuestros, como la marea eleva las embarcaciones. En un mundo más rico que el de hoy, posiblemente la superioridad de Europa constituirá factor suficiente para hacer posible su vida: en la división del trabajo internacional tendremos nuestro sitio en los planos superiores de la producción, para los trabajos más complicados y difíciles. Es un papel que nadie, hasta ahora, ha podido robarnos. ¿No debemos desear que nos ofrezcan la oportunidad de cumplirle?

Esto piensa y escribe André Siegfried y es con esas palabras tormentosas con las que abre el libro de Henri Decugis.

* * *

Henri Decugis ha escrito un libro formidable sobre «Le Destin des races blanches». Decimos formidable, porque en sus páginas todos son detalles perfectamente contrastados, cuadros estadísticos. Convencen más de nuestro progresivo decaimiento, que muchos atronadores «latiguillos».

Sólo una observación personal destaca, aunque también reforzada por datos bien elocuentes. La raza blanca pierde el gobierno del mundo, porque va prolongándose con las sustancias de las capas inferiores y enfermas. ¿Estadísticas que lo prueban? Estas. A medida que el hombre es más elevado socialmente, el número de sus descendientes es menor. El por-

Biblioteca Nacional de España

centaje de familia obrera, sin posibilidad de atender debidamente a su educación, aunque los hijos posean talento natural, es elevadísimo; y en relación a la posibilidad de dotar a los hijos de una carrera profesional, de un cultivo intelectual, menos hijos, hasta llegar a los sabios, artistas, abogados, médicos, personas las más destacadas por su inteligencia, que son menos prolíficos.

Otro detalle. El hombre de constitución defectuosa o débil es el más seducido por la vida de hogar, el que constituye en seguida una familia y crea hijos. Al fuerte y gozando de plena salud le atrae con más fuerza, venciendo todo freno, la vida fácil de aventura en la que va reduciendo a ceniza su fuerza sin dejar rastro humano, o si lo hace, en coyuntura tan anormal, amasados en vicio y podredumbre degenerativa.

Los transportes, como síntoma

Se desprende de las estadísticas que presenta Henri Decugis mucho más, repetimos, que de floridos y amplios discursos.

Europa va perdiendo en muchos aspectos la primacía. Y aunque haya pasado, con América, a la raza blanca misma, lo cierto es que la pérdida de Europa es lamentable y peligrosísima.

He aquí la clasificación de seis países en la circulación de automóviles (1933):

	Núm. de automóviles
Estados Unidos	23.819.537
Francia	1.855.174
Inglaterra	1.701.076
Canadá	1.041.593
Alemania	682.376
Australia	543.651

Biblioteca Nacional de España

Teatro y cine, Europa y América

El espíritu de Europa, trasplantado al nuevo mundo va venciendo al viejo mundo originario en muchos aspectos. El «cine», por ejemplo, marca una efectiva derrota del espíritu europeo, consagrado y culminante con el Teatro. He aquí unas cifras:

En París, los ingresos en cinemas (1932) se elevaron a 359 millones de francos, en tanto que de los teatros sólo ascendieron a 134 millones. En las provincias francesas donde los ingresos teatrales han llegado a ser insignificantes, los procedentes de cinemas se elevan a una cifra superior a los mil millones. Frente a unas docenas de teatros, están hoy abiertas en Francia 3.500 salas cinematográficas.

Idéntica inferioridad, casi siempre con relación a América, se observa en muchísimos aspectos. Y por lo que se refiere a la producción, en tanto en todos los otros países va creciendo, en Europa disminuye de manera alarmante. Lo dicen datos sobre los cereales, el azúcar, las bebidas, artes textiles, el carbón, petróleo, la energía eléctrica, los metales, las industrias mecánicas, los productos químicos, los transportes marítimos y terrestres, el comercio internacional, todas las manifestaciones, en fin, de la actividad humana.

Por otra parte, las pérdidas en hombres y reservas materiales, producidas por la última gran guerra, dejaron destrozado el suelo y el alma de Europa. A medida que todos los países se industrializan y ponen en juego su potencialidad económica, Europa va reduciéndose más y más, hasta que comprenda el ineludible destino que la aguarda de limitarse a su consumo interior, como un país más.

Biblioteca Nacional de España

No es problema de raza

¿Hay un envejecimiento en las razas?

Henri Decugis lo desmiente.

—Los anglo-sajones —afirma—, trasplantados en Australia, en Nueva Zelanda, en los Estados Unidos y el Canadá; los franceses establecidas en Argelia y el Canadá; los españoles e italianos de la Argentina, han probado un vigor racial que excluye toda idea de envejecimiento fisiológico.

En el mismo capítulo, de donde procede este párrafo, se copian las siguientes palabras de Montesquieu:

«Se llega a la extrema corrupción cuando los nobles se convierten en herederos.»

Aquellos que despertamos...

Se refiere Henri Decugis a la emancipación de América, de Asia y de Africa. La vieja Europa ha perdido todo control en la primera y día a día se la roba terreno en su autoridad sobre la segunda y tercera. De América sólo puede esperarse el daño de que se debilite el poder de Europa, con beneficio de las razas de color; por lo que deben ver claro la obligación respectiva que incumbe a todos los países de raza blanca, lo mismo en uno que otro continente, de unirse decididamente, puesto que todos sufriremos un mismo destino.

Henri Decugis confiesa la realidad de esa pérdida de todo control en estas líneas:

«En suma, asistimos en el mundo entero a la debilitación cierta del prestigio de Europa. Su influencia política es rechazada por todos los sitios. Aquellos que ella misma ha instruído y armado no la quieren obedecer. Europa ha perdido la primacía universal que poseía hasta ahora sin discusión.»

Biblioteca Nacional de España

Economía dirigida

No es un hecho nuevo. Se ha dado en todos los casos en que una raza se agota y una cultura amenaza desaparecer, cambiando con ello el rumbo y el dominio universal.

¿Pruebas?

Veamos las que nos ofrece Henri Decugis.

Una revolución económica ha comenzado a operarse por todos los sitios. Sus repercusiones son ya profundas. Parece que corresponde, en el conjunto, a un estadio de civilización al que llegan la mayor parte de los países habitados por los hombres de raza blanca.

Es un fenómeno bien conocido en la historia. Llega siempre en el momento en que, después de un período de civilización más o menos largo, el desenvolvimiento de los cuadros sociales produce perturbaciones, primero agrícolas, después industriales, financieras y, finalmente, políticas, que entrañan y precisan invariablemente la intervención del Estado y de la desaparición progresiva del sistema individualista.

Podemos comprender mejor lo que pasa actualmente, recordando la manera como se desenvolvieron las civilizaciones antiguas de las cuales conservamos información precisa. Comprobaremos que, en ciertas épocas, todos los fenómenos a los cuales asistimos hoy se han producido en circunstancias análogas.

Desde el primer siglo de nuestra era, la concurrencia de los vinos de Gaula arruinaban a los viticultores italianos, y el emperador Domiciano buscó en vano protegerles prescribiendo a los viticultores galos arrancar la mitad de sus viñedos, a la par que impidiéndoles plantar otros nuevos. La decadencia de la agricultura italiana se acentúa y el Estado acude en socorro de los propietarios afectados con numerosas medidas de favor, préstamos, etc... En el siglo XX, la concurrencia de los vinos

Biblioteca Nacional de España

argelinos ha obligado al Parlamento a proteger los vinicultores de Francia con medidas de limitación análogas a las de Domiciano.

No sólo en los días del emperador Domiciano. El curso de la historia va marcando las épocas de prosperidad y esplendor de una raza subrayadas por una amplísima libertad de comercio; y por el contrario, se establecen normas directoras, se introduce el Estado en todos los aspectos de la vida ciudadana, cuando una raza enferma decae o se desgasta.

El libro de Henri Decugis ha de constituir, con sus estadísticas, un magnífico y desusado lugar común. Volveremos a él en más de una ocasión, y seguramente que obligados por las circunstancias.

TEÓFILO ORTEGA

Biblioteca Nacional de España

Atalaya del Weltgeist

Biblioteca Nacional de España

Actividades de la Juventud Francesa

Tendencias teológicas y fisioló-gicas en la Alemania católica

Biblioteca Nacional de España

COMUNICADO FRANCÉS

Actividades de la Juventud Francesa

Habiendo intentado terminar en nuestro comunicado del mes anterior todas las manifestaciones doctrinales de la juventud francesa, nos quedan por decir algunas palabras sobre tres movimientos intelectuales, cuyo resplandor y actividad parecen merecer una especial atención.

Tiene, además, cada uno una fisonomía propia que le distingue aun entre movimientos de análoga apariencia.

Trátase del grupo del «Orden Nuevo», de la revista «Esprit» y del semanario católico «Sept».

El «Orden Nuevo» reúne en un verdadero laboratorio de filosofía social espíritus de muy diversa formación, mas igualmente notables por su cultura.

Uno de los principales fundadores y animadores del movimiento, Arnaldo Dandieu, inteligencia poderosamente singular, murió, por desgracia, muy joven; por suerte, habíase rodeado de un grupo en extremo comprensivo que prosiguió su obra con fervor y que reúne en torno de ella jóvenes como Roberto Arón, auxiliar de la Universidad; René Depuis, profesor de la Escuela de Ciencias Políticas; el matemático Claudio

Biblioteca Nacional de España

Chevalley; el escritor Daniel Rops y el joven pastor protestante Dionisio de Rougemont.

Por la precisión de su doctrina, este joven partido revolucionario no deja nada que desear y ejerce una muy fuerte atracción sobre el conjunto de otras pequeñas sociedades intelectuales.

Violentamente antimarxista, preocupado de un acuerdo esencial de principio con la doctrina social católica, este grupo se ligaría mejor a Proudhon, más aún: Proudhon visto de nuevo y corregido; para mejor decir, pensado de nuevo.

El «Orden Nuevo» se refuerza en una verdadera clasificación nueva de los principios mismos sobre los que se apoya nuestra civilización, y se preocupa en buscar el sentido humano, el sentido auténtico de sus primeras instituciones, como la Patria, la propiedad, la familia, la organización del crédito y del trabajo.

Y sobre todas estas materias, lo que anima a estos jóvenes pensadores es un gran deseo de lealtad intelectual y una preocupación primordial de restablecer en la sociedad la primacía del hombre sobre la materia.

Es consolador que en tal atmósfera se establece un sincero cambio de pensamientos entre espíritus a veces de cultura y tendencia opuestas.

En un sentimiento análogo es en el que jóvenes católicos se han preocupado de fundar un grupo y un órgano que les permitiría dejarse oír de tantas almas inquietas por intentar arrancar a un materialismo opresor los destinos del hombre.

Ir a estos jóvenes, hablar su lenguaje en tanto cuanto parezca aceptable, revelarles lo que sus aspiraciones tienen de profundamente acorde, no solamente con el evangelio, sino con las más recientes encíclicas pontificias, es decir, con el cristianismo más auténtico y más actual a la vez; he aquí el pensamiento de los fundadores de la revista «Esprit».

Esta revista fué fundada en 1930 por jóvenes católicos, en su mayoría auxiliares de la Universidad. Lo que más chocaba a éstos era la falta de penetración y de eficacia de revistas ca-

Biblioteca Nacional de España

tólicas como «Le Correspondant», «Etudes», «La Revue des Jeunes» o «La Vie Intelectuelle», en grupos de jóvenes extraños al catolicismo, pero muy trabajados por imperiosas necesidades de vida espiritual.

Deberíamos hablar todavía de las reuniones del grupo «Para el Desarrollo del Catolicismo en Francia», donde se reúnen todos los jóvenes jefes de movimiento de inspiración cristiana. Pero esto sería hablar a la vez de todos esos movimientos, pues más que de Círculos de Estudios, trátase de reuniones de amigos, cuyo fin no es tanto disertar como pensar juntos, con ese sentimiento de la armonía tácita sobre lo principal, que es la más bella fuente de meditación.

También con gusto nos extenderíamos sobre la publicación de un hermoso semanario católico, «Sept», fundado hace sólo unos meses, con gran deseo de colaboración y de simpatía doctrinal.

Publicada bajo la alta dirección espiritual de los Padres Dominicos de Juvisy, esta revista, de alta envergadura literaria y filosófica, ha removido profundamente a la opinión, principalmente por la publicación de artículos sobre reconstrucción de un Orden Católico, de Esteban Gilson, el historiador del pensamiento medieval cristiano, profesor del Colegio de Francia (1).

Lo que más llama la atención en este órgano es ver jóvenes como Daniel Rops y todos sus amigos buscar en un anhelo de gran simpatía por los hombres y las ideas volver a crear un vasto movimiento intelectual, al cual, maestros de más edad, como Claudel, Mauriac o Dimier, unirán también su esfuerzo.

Pero conviene, por fin, que detengamos esta encuesta. Y sin duda la gente encontrará que está ya bastante cargada de datos sobre las orientaciones filosóficas de nuestra generación. Tanto, que vale más, antes que hablar del mundo entero, tratar de

---

(1) Gilson ha reunido sus estudios en una obra *Para un Orden Católico*, que ha prologado un joven de la «Sociedad de San Luis», Eugenio Primard.

Biblioteca Nacional de España

discernir el movimiento interior de un pensamiento ardorosamente lúcido en el verdor mismo de su inquietud.

Pues ese es el rasgo característico de todas las actitudes de la juventud francesa, que, como inmenso vuelo del pensamiento, buscan dar de nuevo al mundo su ritmo esencial de humanidad.

Pero mientras que estos movimientos descubren nuevas perspectivas de reconstrucción doctrinal, el mundo no se detiene; y mientras tanto, precísase responder a la constante llamada de los que la incertidumbre económica y social turba en el diario cumplimiento de su tarea.

¿Quién les ayudará? ¿Quién les seguirá, les sostendrá en medio de compañeros de fábrica o de oficina, que buscan las normas de un sindicalismo más o menos revolucionario, de tipo marcadamente electoral?

Entre toda esta masa de trabajadores, de empleados y de obreros turbados por el desorden actual, el temor del paro y la explotación demagógica que realizan los jefes de movimientos políticos extremistas, la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos prosigue desde hace muchos años su admirable esfuerzo; y la alta enseñanza social del Soberano Pontífice, Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo Anno*, ha venido a dar a este esfuerzo un más bello y eficaz esplendor.

Más aún ahí, corresponde a asociaciones de jóvenes dar un impulso nuevo de conquista a los católicos, preocupados de volver a crear al fin una atmósfera cotidiana en su demoraridad existencia.

No queremos decir que los jóvenes católicos sean los únicos que piensan en reagrupar a sus camaradas dentro del cuadro de las inquietudes comunes de índole económica social; otros también lo intentan.

Mas estos últimos se ligan, por lo general, a partidos políticos de los que aparecen, sobre todo, como instrumentos de propaganda dentro de la juventud.

Acabamos de citar algunos, antes de precisar la exacta posi-

Biblioteca Nacional de España

ción doctrinal de los grupos, de los que hemos destacado la razón de ser y la inspiración netamente intelectual.

Ahora bien, sin prejuicio alguno puede asegurarse que en el seno de las asociaciones católicas de jóvenes es donde más cuidado ha inspirado el reagrupamiento de energías, persiguiéndolo sin desmayo con exclusión de todo interés partidista.

Sin duda han comprendido allí mejor que en parte alguna que una obra de restauración social supone una inmensa necesidad de comprensión mutua y de confianza, y que, desgraciadamente, las viejas polémicas parlamentarias llevan consigo un irresistible reflejo de discordia y confusión.

Además, en esta ascensión hacia una unidad apaciguadora que pueda resplandecer mejor, sin el deseo de aparecer únicos y ocupados solamente de las organizaciones que nos son tan queridas, forzoso nos es admirar sobre todo el esfuerzo de esta juventud cristiana, cada día más deseosa de asumir sus responsabilidades y de consolidar y profundizar su conciencia colectiva.

Adaptándose a las necesidades de cada edad, la vemos atender en todo momento a la infancia y a la adolescencia en las asociaciones de Scouts.

Estas, sin embargo, apenas si son suficientes para el trabajo abrumador de atender al llamamiento de todos los niños de Francia, pero incansablemente prosiguen su trabajo educador.

Y las jornadas de Toulouse han reafirmado y señalado la orientación del scoutismo hacia los medios populares. Al llegar a hombres los excursionistas ven desembocar su camino en la acción católica y en la acción social. A todos los servicios a que se dedican llevan el espíritu *scout* en lo que tiene de más profundo y humano.

Por otra parte, corresponde a la Asociación Católica de la Juventud Francesa, la veterana A. C. J. F., esta obra ya antigua y unánimemente estimada de adaptar su esfuerzo igualmente a las necesidades de la generación actual.

Es en este sentido en el que ha creado movimientos especializados: la Juventud Marítima Cristiana y la Juventud Agrí-

Biblioteca Nacional de España

cola Cristiana, que tranquilamente, sin apresuramientos, prosiguen sus esfuerzos en dos medios sociales muy diferentes.

En los medios estudiantiles igualmente, la Juventud de Estudiantes Cristianos se destaca ya de modo interesante.

Pero donde la obra de la A. C. J. F. ha conseguido, desde luego, un agrupamiento espléndido de generosidad y abnegación admirables ha sido en los medios de la Juventud Obrera Cristiana, la J. O. C.

Fundada en 1927, reúne hoy más de 50.000 miembros en 792 secciones repartidas por toda Francia, y su Congreso de octubre de 1934, en París, revistió caracteres de grandiosa manifestación. Séanos permitido detenernos unos instantes al señalar esta nueva orientación, porque este Congreso ha logrado agitar la opinión de los mismos que, sin estar dispuestos a admirarse, han quedado sorprendidos por la amplitud del movimiento.

En este fin de año de 1934, año doloroso por el desgarramiento interno de una nación que trata de arrancar su destino de manos indignas, no hay nada que pueda evocar un pensamiento más elevado.

Y aun los mismos escépticos han reflexionado, porque su significación ha sido grande.

Más de 9.000 jóvenes, mujeres y hombres, reunidos en el Palacio del Trocadero, en un Congreso único; en Nuestra Señora después, la gran Catedral nacional, en una inmensa y emocionante oración.

Nada de discursos, o muy escasos; coros hablados y cantos dialogados por millares de voces en una atmósfera de recogimiento y grandeza.

¿Quiénes somos nosotros? ¡Jóvenes! ¡Obreros! ¡Cristianos!

¿Qué somos nosotros? ¡Jocistas!

¿Nuestra divisa? ¡Altivos! ¡Puros! ¡Alegres! ¡Conquistadores!

Y he aquí al coro de jóvenes obreras que acaba de expresar el peligro de las hermanas y de las prometidas de mañana, que

Biblioteca Nacional de España

muy a menudo, en la fábrica, ven marchitarse la juventud de sus cuerpos y de sus almas. Un silencio absoluto. Una intensa emoción. Entonces todos los hombres, en pie, en un movimiento de profunda emoción, gritan: «¡Respeto a las jóvenes obreras!»...

Así se revela una gran falange que debe brillar en el seno de la clase obrera por sí misma. Y si en nuestra civilización trastornada por la quiebra de un régimen económico que ha desconocido el valor esencial de la persona humana los conflictos del trabajo aparecen como los más trágicos, séanos permitido esperar en esta juventud que, aun cuando no sea más que una minoría, está animada por un inmenso ideal.

* * *

Al terminar esta rápida y fragmentaria información que hemos hecho, más intensa acaso que completa, habrá quienes opinarán que conviene no desdeñar, por la diversidad de actitudes y su ardiente desvelo, aunque sin duda algo disperso, a jóvenes que quieren reedificar una ciudad más habitable, donde el hombre pueda ganar la paz de su vida y el pan de su hogar dignamente con su trabajo.

Eso ha podido dar a veces la impresión de desorden. Pero no hay nada de eso en el fondo. Lo cierto es que esta efervescencia de agrupamientos y energías diversas oculta una gran riqueza y un trabajo interior profundo capaz solamente de verdadera y durable reparación.

Porque si desde luego hemos señalado cómo la desilusión moral y la miseria han puesto una máscara un poco dura a nuestra juventud, hemos subrayado también que este sufrimiento podía conducir las almas a su verdadero destino, mejor que los años de falsa prosperidad material y desinterés social.

Biblioteca Nacional de España

Y esto es lo que da su sentido exacto a las actitudes de la juventud francesa, que hemos querido exponer.

Hay otras muchas de que hubiéramos podido hablar, pero aquéllas que brillan con un resplandor espiritual más alto, por más cristiano, son las que más nos han atraído.

SEBASTIÁN S. BIJON

Y

JUAN PLAQUEVENT

París, 15 de abril de 1935.

Biblioteca Nacional de España

COMUNICADO ALEMÁN

Tendencias teológicas y filosóficas en la Alemania católica

A la par que existe un liberalismo político y económico, existe un pensamiento liberal en la esfera teológica y la filosófica, que ha sido quizá más nocivo que aquél, oscureciendo las cuestiones teológicas y filosóficas. La Teología, por tratar primero de este aspecto y limitándonos a la Teología católica, había hecho tantas concesiones al liberalismo y racionalismo en los últimos decenios, que no se diferenciaba ya casi de otra cualquiera ciencia profana, ni en sus métodos ni en su contenido, aunque no pudiera perder un último residuo de elementos sobrenaturales. La Dogmática, por ejemplo, el meollo de la ciencia teológica, había sido desplazada de su posición de disciplina primaria, levantando frente a ella la Moral que, a fin de cuentas, usurpaba la primacía de la Teología. Sería objeto demasiado vasto aclarar las razones de este curioso fenómeno y, por lo tanto, tenemos que contentarnos con aceptarlo como fenómeno propio del espíritu del tiempo.

Pero este avance de ideas racionalistas y liberales no está circunscrito totalmente por esta primacia de la Moral frente a la Dogmática, ni tampoco en las consecuencias que para la última resultaron de esta posición, en el sentido de que predomina en ella más que la fundamentación en el texto bíblico la «ratio theologica», sino que ha llegado a desalojar la exégesis de las disciplinas teológicas. Ciertamente, ha habido siempre

Biblioteca Nacional de España

exégesis dentro de la Teología, pero la gran tradición de los Padres y de la Escolástica se había olvidado, limitándose la exégesis a la explicación moral de las Escrituras y a la crítica de textos. Más que teólogos, sus representantes eran filólogos y su actividad ya no se parecía a la exégesis propiamente bíblica como la ejercida por los Padres para la enseñanza de los cristianos. Se leía todavía a estos Padres, pero ya no como fuente de las grandes verdades teológicas contenidas en la Escritura Santa y para conocer y amar a través de ellos la verdad cristiana. La exégesis llegó a servir los fines de la Moral, siendo sustituída la vida cristiana y su amplitud y accesibilidad por la estrechez del pequeño burgués, que ni siquiera tenía la plenitud y el formato del pagano.

En Alemania ha sido destruído el pensamiento teológico moderno en la Dogmática por Karl Eschweiler, y especialmente por su obra «Los dos caminos de la Teología moderna». La exégesis ha sido devuelta a su posición por Erik Peterson, de entre cuyos escritos mencionamos tan sólo «La Iglesia formada por judíos y paganos», donde trata de la explicación de los capítulos IX a XII de la «Epístola a los romanos», en la que San Pablo se ocupa del misterio de la Iglesia. No nos cabe aquí analizar las opiniones de Peterson, indicando tan sólo que esta exégesis bíblica o espiritual conduce a los problemas teológicos propiamente dichos, no atribuyéndose nunca facultades excesivamente individuales de conocimiento, ateniéndose a la herencia de los Padres y no perdiéndose nunca en interpretaciones moralistas. Lo realmente extraordinario de esta exégesis es que a pesar de su carácter pronunciadamente teológico, o quizá por ello mismo, no se vuelve nunca vacía y asunto de eruditos académicos. Esta especie de exégesis familiariza la conciencia humana de un modo tan inmediato y concreto con las verdades teológicas de las Escrituras y de la Iglesia, que se reconocen éstas como las verdades más próximas a la vida y al mundo, a pesar de que le arrancan al hombre a la estrechez de su mundo propio insertándolo en el proceso de la Historia Sagrada y de la Economía de la Salvación. No lleva acento pri-

Biblioteca Nacional de España

mariamente moral, presentándose la vida moral como consecuencia de una inteligencia central y profundamente teológica. La exégesis es al mismo tiempo el fundamento de la Dogmática, de la Moral y de la Apologética, y con ello de la vida cristiana y del «logos» inherente a cada cristiano.

Lo mismo que ya no tenía validez en el pensamiento teológico la teología de los Padres, tampoco la tenía, prescindiendo de unas pocas excepciones, la Teología y la Filosofía de Santo Tomás de Aquino. También a ésta se le reprochaba con frecuencia que correspondiendo a una época determinada ya no tenía ningún valor para el hombre del siglo XX. Aunque no es objeción a la verdad el decir que no data de hoy, tampoco se puede negar que este argumento, en el cual va implícita una multitud de otros argumentos, ha sido de gran peso para muchos pensadores, también católicos, que querían estar a la altura del tiempo, no pudiendo soportar la idea de ser considerados como anticuados, razón suficiente para que abandonaran la Teología y Filosofía de Tomás, sin tener en cuenta que su propio pensamiento no tenía la misma amplitud que encontramos en las figuras filosóficas más sublimes de los antiguos griegos, y que no eran capaces de decir al mundo algo o nada nuevo. No trataremos aquí del problema de la formación de escuelas y su importancia para el descubrimiento de la verdad filosófica, siendo seguro, sin embargo, que este pensamiento independiente llevado por la razón del individuo no llega nunca a la amplitud de la verdad. Lo que hoy se entiende en la mayoría de los casos como retorno a la Escolástica o como Renacimiento del tomismo, no atestigua ni el conocimiento claro de la esencia del pensamiento filosófico ni del tomismo. Como todos los sistemas, el de Santo Tomás está sujeto a las condiciones de su época, no siendo valedera su forma de pensar para todos los tiempos. Lo que sí queda siempre como valedero es la universalidad de su sistema y el respeto de los objetos, así como su confianza en la razón. Una apología del tomismo puede, por lo tanto, sólo realizarse aportando a la conciencia humana por medio de categorías tomísticas los ob-

Biblioteca Nacional de España

jetos de la vida y del mundo en la misma forma que representan en su simplicidad y complejidad.

Tal apología del tomismo, unida a un verdadero enriquecimiento de lo que sabemos acerca del valor, la encontramos en el pequeño escrito de Jos. Pieper intitulado «El sentido del valor». Ya que el valor, al igual de las demás virtudes humanas, fueron interpretadas por el liberalismo de un modo muy diferente de su sentido propio y auténtico, se define, después de unos prolegómenos, el carácter del valor, separándolo de otras virtudes. Cierra el trabajo un capítulo sobre el valor vital, el moral y el místico. Partiendo de la esfera natural, se encuentra la transición a la sobrenatural siguiendo el lema de que la gracia supone naturaleza. Esta verdad teológica general se aprueba en este libro en el terreno concreto. Esta prueba se alcanza por los conceptos de la Escolástica, sin embargo, pudiéndose considerar como lograda.

Hemos pretendido dar en las anteriores líneas un breve esbozo de las tendencias teológicas y filosóficas en la Alemania católica de hoy. Estamos seguros de que estas líneas darán solamente unos detalles del gran movimiento católico que puede apreciarse en Alemania. Nos importa, empero, hacer constar que contra lo manifestado en muchos centros extranjeros, la revolución política alemana no ha impedido este movimiento, sino que lo ha favorecido. Muy importante para este fenómeno ha sido la destrucción del liberalismo político que tuvo sus consecuencias de la esfera filosófica y teológica, abriéndola al pensamiento concreto. La Teología tiene que librarse de la primacía de la Moral. Lo mismo que en la vida cristiana la fe, la esperanza y la caridad son lo primero en la gracia, y lo mayor de todo, la caridad, también en la Teología, la Exégesis y la Dogmática están antes que la Moral. Puesto que en el pensamiento filosófico la razón es el vehículo que lleva a los objetos, no habrá mejor maestro para el pensamiento filosófico que el «Doctor universalis», cuyo sistema puede denominarse «Sistema de la razón sagrada».

José LEMAN

Berlín, abril 1935.

Biblioteca Nacional de España

Bibliotheca Nova

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

Reconstrucción técnica de España

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

por

EUGENIO D'ORS

de la Academia Española

El Vivir de Goya

(CONTINUACIÓN)

XIII

El mundo es grande

Síguese, en la vida de este aprendiz, una etapa mal conocida. Huyendo de Zaragoza, llega a Madrid.

Tal vez se inscribe y estudia en la Academia de Bellas Artes, recientemente fundada. Pero lo que estudia sobre todo es el libro de la vida. Tanto y tan bien, que el alba de un día le encuentra tendido, en una callejuela de mala fama, con una navaja plantada en el lomo.

Ahora que Zaragoza está lejos, ¡cómo sus veredas parecen llanas después de todo! Madrid, en cambio, es todo cuestas... Mi anciano amigo el Conde de Doña Marina decía siempre que Madrid ha realizado el milagro de construir una ciudad en cuestas en la mitad de una llanura.

Biblioteca Nacional de España

Las subidas y bajadas de las cuestas de Madrid, ásperos guijarros las empiedran en este momento. No es ya el barro, pero no es el pavimento todavía. Diríase a aquéllas expresamente preparadas para el martirio de los pobres pies del campesino que desembarca en la capital quizá calzado con alpargatas —el isidro de las gestiones o de los festejos—. ¡Que sufran estos pies! ¡Que sangren! ¡Que se fatiguen! ¡Que conozcan la humillación y la tortura!

La humillación, sobre todo. Mientras que, no pudiendo ya más, el desdichado ha de pararse en plena canícula en medio de una plaza sin árboles, o cuando el crudo invierno en una esquina que azotan las brisas del Guadarrama, pasan la carroza del Obispo con sus mulas de arnés morado, la litera de la señorona empelucada con sus tres o cuatro lacayos o faquines.

Y luego en Madrid, ¡va todo tan despacio! El mozo de las alpargatas usadas en nueve días, ha pasado estos nueve días en tentativas para acercarse al criado del secretario del mayordomo del personaje para el cual traía una carta de recomendación. Lo cual no impide que el tal personaje, si llega a pasar por la antecámara en el punto en que el solicitante anda bregando por la fuerza o por la astucia, le abra los brazos y se los eche al cuello y le estreche contra su pecho y conceda allí mismo, con una palabra, lo que el otro desea. Ahora que de esta palabra ya no se vuelve a acordar. Es necesario refrescarle la memoria, y sería imprudente hacerlo antes de que transcurran otros nueve días; es decir, antes de haber gastado otro par de alpargatas. La economía bien entendida hará, sin duda, que el tercer par ya lo sea de zapatos. Los cuales quizá no pueden ser pagados de un golpe... No importa, hay confianza. Sobre todo, con un leal baturro, a quien no se le niega nada, porque su baturrez es la fianza mejor. Trato hecho, hay que remojarlo. Un convite no se rehusa. Ya se comprenderá más adelante, y muchas veces, si Dios da de qué.

Los zapatos nuevos, aunque aprietan, sirven siquiera para

Biblioteca Nacional de España

que el isidro vaya aprendiendo dónde le aprieta el zapato. Le aprieta, por ejemplo, en la Escuela de la Academia de Bellas Artes. Está la Escuela llena de peces gordos, más gordos aún que los señores con mayordomo y con secretario y tan empelucados como las señoronas que se hacen llevar en litera. A menudo, estos académicos son extranjeros; y hasta los austríacos y los alemanes hablan entre ellos en italiano o en francés. Dibujan en unas hojas de papel muy blancas con unos lápices muy afilados. Dibujan según modelos en escayola, sacados de la estatuaria de los antiguos. Un día, sin embargo, el baturro de Fuendetodos, al penetrar en la gran sala, se queda patitieso al ver, aislada en medio de una rueda, inmóvil sobre una tarima, una mujer desnuda. Una mujer con el cuerpo muy blanco y las dos manos cruzadas en el cogote... Nunca, en el pueblo, se viera cosa semejante. Tampoco en Zaragoza le habían dicho nada de esto. Los graves profesores, los pícaros alumnos, han requerido lupas para mejor apreciar lo que se echan a la cara; o bien toman medidas en el aire, con extraño movimiento de brazo y mano. Goya no tiene lupa y no sabe —no lo sabía jamás— para qué sirve tomar medidas... Se contenta con ponerse como un tomate, con fruncir un poco más las cejas y con soltar para su capote: «¡Rediós!»

En toda esta mañana no puede *desinar* en paz. Ni dormir, en la noche que sigue. En Zaragoza, Gracia y José, la madre y el padre, le han sermoneado de lo lindo antes de partir. Y su maestro Luzán y hasta su amigo Zapater. El chico se conmovía una miaja con los de la madre; escuchaba los del padre; oía los del maestro. Pero ante los de Zapater no se achicaba.

—¡Anda, ese! —decía—. Cuando tú vas, yo vuelvo.

Volvía. Sabía. Y lo que no sabía lo adivinaba, y tanto da. Adivinaba que había que echarse al coleto pronto, de un trago, todos los licores de la vida, los más ardientes y azucarados licores, para que luego la tentación de embriaguez no

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

le estorbase de conquistar el mundo. La partida había que jugarla. Cara o cruz. O bien él le podía a la vida, o bien la vida a él.

En un tris estuvo que le pudiese aquí como en Zaragoza .. Al acecho de una blancura tan blanca como la del cuerpo de la mujer descubierta sobre la tarima había corrido el mozo —*la había corrido*— una noche entera. Noche extraña. No se sentía el mismo de siempre. Fuése de trueno; algo le empujaba. Chuleó, provocó, venció. Pero, entre la victoria de media noche y la paz del alba, queda una carta por jugar. Queda la carta de la traición, que acecha en rincón oscuro. Los raros y fementidos faroles de Madrid —estamos en vísperas de la reforma de la iluminación urbana por el Ministro Sabatini— se encienden y se apagan cuando Dios quiere. Se tropieza todavía con gentes sin cara —porque, otra novedad, el decreto de Esquilache está igualmente por dictar—. El hidalgo ajusta sus cuentas a cintazos. El villano, a navajadas.

He aquí un cuerpo por tierra y sin sentido. ¡Es Goya, santo cielo! Tiene veinte años. Mana a borbotones su joven sangre escarlata. Tras de la maraña de los pelos cuajados en sangre y barro se entrevé la noble arquitectura de la frente. Una mano agarra el cuello, crispada. Otra se moja en el arroyo de cloaca, tendida. La derecha. Si la vida no vuelve a esta mano el mundo habrá perdido algo muy grande.

Biblioteca Nacional de España

XIV

¡LARGO!

De resultas del navajazo, Goya tuvo que escapar de Madrid. Se fué a Roma. Una versión quiere que haya cumplido las primeras etapas del viaje en la compaña de una cuadrilla de novilleros.

¡Largo otra vez! El Madrid de los altibajos no es más habitable que Zaragoza la llana. Después de lo del navajazo urge poner pies en polvorosa. Para luego es tarde. ¿Escapar? ¿Dónde? Todos los caminos llevan a Roma. Y hete a Goya llevado a Roma, a puro escapar.

¡La suerte! Tal alumno de Bellas Artes, por una bolsa de viaje a Roma, sudara agua y sangre en las oposiciones y concursos. Lo de Goya es más amplio. Oposita contra el mundo entero, no contra un infeliz rival. Lo fuerte es que saca plaza.

Bueno, poniendo lo suyo. El gasto se cubre en la primera etapa —la anécdota es, si no segura, probable— viajando con una cuadrilla de novilleros. De pueblo en pueblo van ejerciendo su humilde oficio. Todo el mundo no puede ser Pepe-Hillo ni Costillares. Ni todo lugar de España puede pagarse un diestro de renombre. Quedan las novilladas, quedan las capeas. La muleta es un palo; la capa, lo que todo lo tapa.

¡Qué olor sube de la oscurecida plaza pueblerina cuando la faena ha terminado! ¡Y qué olor de las heridas cuando la miserable carne se desangró! Nada de caballos. El asunto se ventila entre el toro y el hombre. ¿Reglas, estilo? Lo del viejo matador: «Tú estás aquí. El toro viene por ahí. O tú quitas al toro o el toro te quita».

Al caer la noche hay que largarse. A pie. La carretera, ¡y anda que te andarás! Por las rutas del sur, cubiertas de polvo.

Goya pasa por cien aldeas parejas a la aldea en que nació.

Biblioteca Nacional de España

XV

Roma

Goya se encuentra en Roma en 1769. De su estancia allí, poco se sabe. Lo fijo es que acabó mal: por sus más y sus menos con la justicia, cátale condenado a muerte. No escapó a la sentencia mas que por la intercesión de los embajadores de España y de Rusia.

Amigo, esto ya son palabras mayores. ¡Roma! Si en Fuendetodos se pisaba barro, y en Zaragoza la vereda, y en Madrid la calle pedregosa, aquí, en Roma, las plazas pavimentadas por losas de mármol. Y si primero tuviste por maestro el vuelo de los pájaros, y más tarde unas estampas y unos monigotes de escayola, y luego un cuerpo desnudo sobre una tarima, aquí ya tu maestro será todo el arte del mundo, todo el arte con prestigio de eternidad. Frunce un poco más el entrecejo, chico. Y anúdate bien los zapatos.

La primera impresión ante tanta grandeza es que nuestro pobre esfuerzo nada podrá añadir. «Todo está dicho», suspiró un día la fatiga de La Bruyère como para excusar su imitación de Teofastro. «Todo está dicho, y se viene demasiado tarde tras de siete mil años en que hay hombres y piensan...».

¿Quién, entre los adolecidos del divino mal del Espíritu, no se ha dicho esto alguna vez? Pero, en los fuertes, lo que se produce más a menudo es la impresión diametralmente contraria. Estamos en el estío, por ejemplo. En el estío, y hemos llegado a Roma por el mar. Ha llovido y todo parece henchido y maduro, desbordante de significaciones intactas. ¡Cuántas estrellas en el cielo! ¡Cuántos bajeles, hace un instante, en el puerto de Civita Vecchia! ¡Qué muchedumbre en las calles de la ciudad; cuántas músicas, próximas o lejanas! Una opresión deliciosa aprieta el corazón. Todas las pá-

Biblioteca Nacional de España

ginas de los libros, todas las palabras pronunciadas por los hombres, todas las obras que han producido parecen cosa mezquina. ¡Las que no se escribieron nunca, en cambio, las que no se han pronunciado jamás!... ¿*Todo está dicho*? ¡Mentira! *Todo está por decir.*

Impresión tan falaz como la primera. ¡Subjetivismo! Si consideramos la cultura con seriedad, nos colocaremos a igual distancia de la locura futurista del romántico que de la fatiga descorazonada del alejandrino. ¿Que está todo dicho? No. ¿Que todo está por decir? Tampoco. Lo que afirma el verdadero espíritu clásico es esto: *Todo está dicho a medias.*

La historia de la humanidad es un congreso. Todo está dicho a medias y hay que continuar la deliberación... Y cuando la asamblea ha oído y aplaudido las opiniones del honorable preopinante señor Aristóteles y del honorable preopinante señor Rafael y de los señores Fidias, Platón, San Francisco de Asís, Miguel Angel, Velázquez, Rembrandt, Poussin, Watteau, la palabra pasa a...

XVI

«BLUFF»

Una de las hazañas atribuídas a Goya, cuando esa estación romana, es la de haber escalado, con agilidad de acróbata, ciertas alturas casi inaccesibles de algún gran monumento, como la linterna de la cúpula de San Pedro o la cornisa del túmulo de Cecilia Metela, para dejar allí un autógrafo o un grafito.

—«Pido la palabra», dijo con acento de aragonesa decisión, así que se hubo percatado de Roma, don Francisco de Goya y Lucientes.

Las ondas azules y serenas del aire romano no se movieron a esta voz. No se movieron ni la llevaron. Calma chicha.

Biblioteca Nacional de España

—Bueno —reflexionó nuestro hombre—. Hay que hacer algo más que dar voces.

Y dió un salto. Dió un salto, por apuesta, hasta la linterna de la cúpula de San Pedro.

Pero el perdidoso, con astucia italiana, encontró salida para no pagar.

—Habrá que echar más leña al fuego —concluyó el novicio.

Y escaló los muros de un convento para ver si las religiosas, en su clausura, eran tan blancas como la modelo de la Academia de San Fernando.

Entonces fué cuando le condenaron a muerte.

(Continuará.)

Biblioteca Nacional de España

Reconstrucción técnica de España

ELECTRIFICACION DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES

(CONTINUACIÓN)

IV

VENTAJAS DE ORDEN ESENCIALMENTE TÉCNICO DE LA EXPLOTACIÓN

Estas ventajas se deben a las características peculiares de la tracción eléctrica, que vamos a recordar brevísimamente:

Ventajas del tractor eléctrico. a) *Potencia.*—La locomotora de vapor tiene fatalmente limitada su potencia, porque depende de la cantidad de calor que puede producir la caldera y ésta tiene limitadas sus dimensiones por las de la locomotora, por el gálibo y por el radio de las curvas.

Los tractores eléctricos son de potencia *ilimitada*, porque más que generadores son transformadores de potencia, con motores que necesitan menos espacio, y su potencia puede doblar-

Biblioteca Nacional de España

se y triplicarse por las facilidades que para ello da su construcción articulada, sin el estorbo rígido de la caldera y por la sencillez del mando eléctrico múltiple, automático y simultáneo, que hace funcionar el conjunto de varios tractores como una sola unidad desde un solo sitio.

La ecuación de la potencia, que es la relación P/A entre la potencia P y el peso adherente A vale en promedio 16 para las locomotoras de vapor y 44 para las eléctricas, porque el equipo motor es más ligero en las últimas (1), porque parte del peso adherente de las locomotoras de vapor está constituído por contrapesos giratorios que reducen la adherencia, y porque el esfuerzo, por efecto de las emboladas, no es constante, cosa que no ocurre en los motores eléctricos de movimiento no alternativo, sino uniforme y rotatorio.

La locomotora eléctrica tiene otra ventaja importantísima, y es la de que su potencia es constante con la velocidad, cosa que no ocurre con las de vapor, en la cual desciende su potencia a 1/3 parte entre 50 y 120 kilómetros hora.

Uno de los últimos tipos de locomotoras eléctricas, el construído por los Ferrocarriles Federales Suizos para el túnel de San Gotardo, tiene una potencia de 8.800 HP, con 60.000 kilogramos de esfuerzo de tracción y 240 toneladas de peso.

b) *Adherencia.*—Ya hemos dicho que la potencia por tonelada de peso adherente es muchísimo más elevada en los tractores eléctricos; la relación entre la adherencia A y el peso K vale 0,5 en las locomotoras a vapor y 1 en las eléctricas, ventaja que tiene una importancia trascendental en paises accidentados, como España, donde sobre un total de 492.247 kilómetros de superficie sólo alcanzan a 54.000 kilómetros las áreas de alturas comprendidas entre 0 y 200 metros, siendo sólo de 22 por 100 las longitudes en horizontal de las líneas que explotan las Com-

(1) 39 C. Vapor por tonelada en las locomotoras eléctricas y 23 en las de vapor son valores correspondientes a tipos modernos de una y otra clase.

Biblioteca Nacional de España

pañías españolas. (Podemos sostener la comparación con Suiza, que tiene el 25 por 100 en horizontal.)

c) *Velocidad.*—En las locomotoras de vapor el aumento del esfuerzo de tracción se logra sacrificando la velocidad, y ésta en las rampas disminuye con rapidez, circunstancia importantísima en un país donde, como acabamos de decir, sólo el 22 por 100 de los kilómetros de ferrocarril están en horizontal.

Con la tracción eléctrica la potencia del motor está limitada sólo por su calentamiento, y como se admiten sobrecargas transitorias importantes, las rampas no muy largas, aunque sean de fuerte inclinación, se salvan *sin disminución de velocidad*, y no ocurre como en la tracción a vapor, donde *el valor de la rampa máxima, aunque sea muy corta*, es la que determina la potencia de la locomotora. Como se pueden mantener distintas velocidades con rendimiento prácticamente constante, se consigue *aumentar la velocidad media sin aumentar la velocidad máxima*, y este aumento de la velocidad media es particularmente interesante en la marcha de los trenes de mercancías, pues permite aumentar la capacidad de las líneas, aprovecha mejor el material móvil o lo disminuye, toda vez que pueden circular más trenes como consecuencia de que la locomotora eléctrica, para una determinada velocidad máxima, *desarrolla una media mucho más elevada*, casi el doble que la de vapor, por la mínima influencia que en ella tienen las variaciones del perfil.

Pasando de las consideraciones teóricas a los resultados reales, nos encontramos con disminuciones restables en la duración de los recorridos: 29 por 100 en Silesia, 42 por 100 en Baviera, 30 por 100 en Francia, y por lo que se refiere a España, según los datos expuestos por el ilustre Ingeniero Jefe de Material y Tracción del Norte, Sr. Viani, en el notable estudio citado, resulta que la velocidad de los trenes de mercancías en el Pajares *es el doble de la que se lograba con la tracción a vapor*; en la Sección Barcelona-Manresa, en los trenes de viajeros, se invertían dos horas con tracción a vapor, y se hace ahora eléctrica-

Biblioteca Nacional de España

mente el recorrido en una hora doce minutos, y en los trenes de mercancías se obtiene velocidad doble; en la línea Irún-Alsasua se ha reducido el recorrido en treinta minutos con 100 toneladas más de carga, y en el trayecto San Sebastián-Hendaya se ha disminuído en 33 por 100 los tiempos de marcha. Estos aumentos de velocidad producen, además, una aceleración en la rotación de los vagones, aumentando, por tanto, su utilización.

d) *Aceleraciones.*—Por la capacidad de sobrecarga de los motores y el mejor aprovechamiento de la adherencia, la aceleración puede ser muchísimo mayor que en las locomotoras de vapor, y esta ventaja tan importante lo es todavía mayor en los trenes formados por unidades múltiples de automotores para viajeros, que arrancando a la vez automáticamente, con multiplicidad de ejes motores (todos lo son), alcanzan rapidísimamente la velocidad de régimen, ventaja imponderable para disminuir los tiempos de marcha en los servicios de cercanías que tienen paradas muy frecuentes, de modo que en trayectos de 25 a 30 kilómetros, con ocho o diez paradas, se ganan fácilmente de diez a quince minutos, sólo por las mayores aceleraciones.

e) *Rendimiento.*—El rendimiento que podríamos llamar energético total en el gancho de una locomotora de vapor, es decir, la relación entre la potencia utilizada y la potencia desarrollada o recibida en forma de energía calorífica, por el carbón quemado, es algo *inverosímil* y desastroso, pues en las mejores máquinas el rendimiento global con cargas variables, o sea el rendimiento real, no pasa del 3 por 100 (1), es decir, que sin tener en cuenta que las pérdidas de 97 por 100 se refieren a la parte que se quema en la marcha y que hay otras pérdidas inútiles (las Standby-Losses de los americanos) en los depósitos de

---

(1) Parodi: *Considerations sur les consommations de combustible des grandes reseaux de Chemins de Fer.*

Nadal: *Le prix de revient des transport par chemins de fer.*

Fonty: *Comparaison entre la traction à vapeur et la traction electrique.*

Biblioteca Nacional de España

carbón, chispas, escarbillas y cenizas, y en los encendidos, reservas y estacionamientos, que alcanzan el 20 por 100 del carbón total. Resulta, pues, que tomando la cifra consumida en carbón el año 1933 por las Compañías del Norte y M. Z. A., que ha sido de 96.300.000 pesetas, se han tirado en pura pérdida 93.400.000 pesetas. No es de extrañar, por lo tanto, que el ilustre Padre Pulgar calificase de «verdadera salvajada» la combustión directa de la hulla en las condiciones señaladas, y que otra autoridad indiscutible, Mr. Parodi, promotor de las electrificaciones francesas, pregunte escandalizado: «¿Qui songerait en 1933 á producire dans un pays avec superaboundance de ressources hydroelectriques, de la force motrice en installant des milliars de machines á vapeur de 2.000 HP á echapement libre et mouvement alternatif?»

El rendimiento total con la tracción eléctrica es mucho más elevado, 33 veces mayor que con la tracción a vapor, pues el rendimiento global puede descomponerse así:

Central	0,80
Línea de transporte	0,75
Subestación	0,85
Línea de contacto	0,80
Tractor	0,80

Es decir, un rendimiento del 30 por 100 en vez del 3 por 100 de la tracción a vapor, o sea que *suponiendo igual* el gasto de 96.300.000 pesetas se hubieran *dejado de tirar* 59.000.000 de pesetas.

Estos rendimientos demuestran que un kilogramo de carbón de 7.500 calorías, o su equivalente de 8,8 kw-h. en la central hidráulica, empleados en los diferentes modos de tracción dan:

7.500 × 3 por 100 = 225 calorías con tracción a vapor = 0,35 HP/hora.
7.500 × 30 por 100 = 2.250 calorías con tracción eléctrica = 3,6 HP/hora.

d) *La tracción eléctrica tiene mayor capacidad de trabajo y mejor utilización.*—La locomotora de vapor tiene plazos fijos

Biblioteca Nacional de España

de recorrido, transcurridos los cuales ha de volver a los depósitos para someterse a visitas y reparaciones, limpieza de fuegos y de tubos, sustitución de placas tubulares, etc., que limitan enormemente su capacidad de servicio, pues están inmovilizadas largo tiempo.

Las locomotoras eléctricas pueden recorrer sin la menor interrupción 6.000 y 7.000 kilómetros, y los ciclos de revisión son reducidísimos, ocurriendo lo mismo con las reparaciones por las características peculiares de los equipos eléctricos, que permiten la intercambiabilidad fácil y rápida de elementos completos, tales como motores, inducidos, bogies completos, etc.

En la Compañía de París-Orleans la revisión de locomotoras dura seis días al año, y eso permite hacer el mismo servicio que con vapor con un número mucho más pequeño de tractores eléctricos.

Según los datos del Sr. Viani, expuestos en su estudio ya citado, «Explotación económica de los ferrocarriles». el recorrido medio del material motor a vapor fué de 40.000 kilómetros por 70.000 kilómetros del eléctrico, *es decir, casi el doble.* Las mayores velocidades alcanzadas por los trenes, el menor trabajo, el mayor aprovechamiento del sistema tractor, aumentan también el recorrido mensual de las parejas de conducción de máquinas; en el Norte, los recorridos medios mensuales han sido de 2.700 kilómetros por pareja para las de vapor y 3.900 para las eléctricas.

e) *El servicio eléctrico es más regular que el de vapor.*—Las locomotoras de vapor están sujetas a variaciones en su potencia y velocidad por los cambios atmosféricos, calidad del carbón y habilidad de los conductores; la locomotora eléctrica no está expuesta a estas variaciones, su marcha es mucho más regular y es independiente de los ajustes, y en las bajas temperaturas, tan perjudiciales al vapor, puede, por el contrario, forzar el límite de calentamiento de un motor.

En la Compañía de París-Orleans, las pérdidas de tiempo por

Biblioteca Nacional de España

100.000 kilómetros no han pasado de 0,2, ni de 0,19 las inutilizaciones de tractor o interrupciones de corriente.

Por lo que se refiere a la Compañía del Norte, la mayor regularidad en el servicio queda perfectamente demostrada: en la sección Ujo-Busdongo, en todo el año 1932 no se hizo petición alguna de socorro por inutilizaciones de tractor, el tiempo perdido por tracción eléctrica fué en el mismo año de 172 minutos, o sea el 0,05 por 100 del perdido por el conjunto de servicios, y el ganado fué de 105.730 minutos, o sea de 64,7 por 100 del total. En las demás secciones electrificadas, el tiempo perdido ha sido en promedio de 0,4 por 100 del total, y el ganado 61 por 100.

f) *El entretenimiento, reparaciones y conducción es mucho más económico con los tractores eléctricos que con los de vapor.*—Comparando el promedio resultante de doce Compañías electrificadas, el coste de entretenimiento por kilómetro recorrido, con tipos equivalentes de tractor, está en la proporción de 1 a 2, es decir, doble con la tracción a vapor, y como dos de estas locomotoras se sustituyen, por lo menos, por una eléctrica, la economía obtenida es cuádruple.

De los resultados de las Compañías francesas resulta que para las reparaciones se necesitan 0,8 agentes menos por 1.000 kilómetros que con la tracción a vapor.

En la Compañía del Norte resulta que en la explotación de sus secciones electrificadas utiliza 106 unidades motores con 227 agentes, o sea 2,1 por unidad, y explotando con vapor las cifras se convierten en 193 con 540 agentes, o sea 2,8 por unidad, de modo que el personal de maquinistas y fogoneros pasa de 540 a 227, o sea un 58 por 100.

Por lo que se refiere al personal de subestaciones y talleres, se han aumentado 11 agentes sobre la plantilla que había con vapor, con los cuales se ha podido hacer frente a un aumento de 97 por 100 de las toneladas kilométricas remolcadas.

En los Depósitos se pueden obtener reducciones importantes

Biblioteca Nacional de España

por la simplificación de las maniobras, de no tener que girar las máquinas y la supresión de las operaciones de limpiar fuegos y calderas.

g) *Economía en el agua.*—Las aguadas, costosas de instalación y explotación, desaparecen con la tracción eléctrica, y, además, permiten ganar el tiempo que ahora se invierte en las paradas para toma de agua.

h) *Transporte del combustible destinado a la tracción.*—El «paseo del carbón», como algunos han calificado el arrastre del necesario para la tracción, ahorra en números redondos unos 400.000.000 de toneladas-kilómetro al año para todas las Compañías españolas, cuyo coste no baja de 15.000.000 de pesetas. Sería mucho más beneficioso para el país quemado a bocamina y transportar su energía por «alambres» convertida en energía eléctrica.

i) *Aplazamiento de las dobles vías.*—Las dobles vías son una necesidad apremiante de los ferrocarriles españoles; pero, en muchos casos en que resultan prohibitivas por la topografía de la región, la electrificación permite aplazarlas y aun sustituirlas, cuando el tráfico no excede de ciertos límites, con una economía enorme.

j) *La electrificación es insustituible en los servicios de grandes transportes a las cercanías de las ciudades.*—Las ventajas de los automotores y de las unidades de tren formadas por automotores y remolques, son indiscutibles para los grandes transportes de viajeros en las cercanías de las grandes ciudades (ya nos hemos referido antes a los 60.000 viajeros diarios de la estación de Barcelona, de M. Z. A.). No necesitan hacer maniobras, pues marchan en los dos sentidos, permiten la subdivisión del material según convenga al tráfico, las marchas son mucho más rápidas y el aprovechamiento del peso motor es enorme. La tracción eléctrica es la única aconsejable en metropoli-

Biblioteca Nacional de España

tanos, túneles largos y penetraciones en ciudades y centros urbanos, por la carencia de humos, suciedad, gases y ruidos. En las estaciones de término por la supresión de maniobras se puede doblar su capacidad y permite la organización de estaciones con vías superpuestas, evitando la extensión en superficie, tan difícil o imposible en los centros urbanos.

k) *La electrificación es el único procedimiento que se presta al automaticismo.*—Ley fatal a todas las industrias en la actualidad es la disminución del rendimiento, pero mal mucho más grave en aquellas cuya organización es individualista. Es el desarrollo del automaticismo (1), esta formidable arma moderna del progreso, lo que salva a las explotaciones industriales, y el sistema de tracción a vapor es el que menos se presta a perfeccionamientos y aprovechamientos de este género.

En efecto (2), fácil es darse cuenta de la imposibilidad de vigilar y regularizar la mano de obra en tantas operaciones de la tracción a vapor, en las que interviene como factor esencial, tales como la carga y descarga del combustible. utilización de éste en las locomotoras, reparaciones del material motor, maniobras de señales y agujas de estaciones, etc. En cambio, con la tracción eléctrica el automaticismo es casi total.

l) *Mejora de las condiciones generales de la explotación.*—La electrificación mejora las condiciones generales de explotación (3) de las secciones no electrificadas, porque produce el rejuvenecimiento de los parques de locomotoras a vapor con las que quedan sobrantes de las líneas, locomotoras que sustituyen a otras viejas y de *malos rendimientos.*

Además, este sobrante constituye un abono a favor de los

---

(1) Parodi: Conferencia de Bruselas.

(2) Viani: *La explotación económica de los ferrocarriles.*

(3) Compañía de París Orleáns: Memoria sobre su electrificación.

Biblioteca Nacional de España

gastos de electrificación; en 60.000.000 de pesetas se evalúa, depreciándolo, en el plan Guadalhorce el material tractor que quedaba sobrante en las cuatro Compañías a que aquél afectaba.

ANTONIO GIBERT
Y
JOSÉ MARÍA NAVARRETE

(*Continuará.*)

Biblioteca Nacional de España

Diccionario de Autoridades

Autoridad

La potestad política, que también procede de Dios como autor de la naturaleza, conocido por lumbre de razón, fué concedida a los reyes o jefes de República, mediante la elección o traslación de la sociedad, que, al no poder ejercer por sí misma tal potestad, atendiéndolo y como sufriéndolo el mismo Derecho natural, se vió obligada a resignarla en uno o en muchos, y así la traspasó a los príncipes según la ley primera del «Digesto de constitutione principum», para que de estos, como desde fuente, manara a los otros magistrados inferiores.

Fr. Serafín Freitas

Camaradería

El amigo es otro yo, y así como el ser es la mayor felicidad, y dejar de ser es la mayor miseria, así es gran felicidad ser hombre dos veces, teniendo amigo verdadero. Con el buen amigo los bienes comunicados crecen y se hacen mayores, y los males y congojas se alivian y hacen menores. El amigo procura las cosas del amigo como las suyas. Guarda el secreto, y con él han de ser comunes los secretos del alma, y también las riquezas corporales. Todo lo de los amigos ha de ser común.

Sabuco de Nantes

Biblioteca Nacional de España

Derecho marítimo

El mar litoral de un continente es propiedad exclusiva del pueblo cuyo territorio baña; por esta razón dicho pueblo puede arrogarse el derecho de pescar y prohibir que allí pesquen los no nacionales.

Luis de Molina

Enseñanza

Es indecible cuánto aprovecharían a la república algunos grandes y eruditos varones, si tuvieran a bien tomar ellos mismos a su cargo el instruir a la niñez, edad flexible a todo, y a la que es muy fácil inspirar las sanas opiniones; o a lo menos, asistir a los maestros con avisos, preceptos y otros auxilios a este modo, y les señalasen como con el dedo el camino que se debe seguir. Ciertamente no es decente que los que gobiernan las ciudades sean descuidados en proveer a sus niños de los mejores maestros, que estén adornados, no sólo de ingenio y erudición, sino también de un juicio sencillo y sano; pues la instrucción pueril tiene gran fuerza para lo restante de la vida, así como la tienen las semillas para las mieses venideras. Por cierto que convendría más velar con más cuidado en esto que en hermosear o enriquecer la ciudad, si ya acaso no pensamos que es mejor dejar malos descendientes, como los dejemos ricos.

Luis Vives

Fidelidad

Cuenta Josefos que Antípatro, padre de Herodes Ascalonita, el que mató los inocentes (que era gran privado del Emperador Augusto César), y en su servicio había peleado en muchas batallas y recebido en su cuerpo muchas y muy gran-

Biblioteca Nacional de España

des heridas, fué acusado, delante del Emperador, de traidor. Y siendo citado que pareciese y se descargase, no habló palabra, sino desnudóse sus vestiduras y descubrió las heridas de su cuerpo y dijo: «Non sunt ista signa proditionis, sed fidelitatis». *Entonces el Emperador, movido con aquel espectáculo, abrazó y besó a Antípatro, y le hizo más merced que hasta allí, no dando crédito a lo que le imponían.*

ALONSO DE CABRERA

GOBERNANTES

Los que gobiernan tienen poderío, que recibieron de Dios para gobernar el pueblo, con el cual libran los buenos de las injurias de los malos, amparan las viudas, sostienen los huérfanos y dan libertad a los pobres, y ponen freno a los poderosos; procuran la paz y la vida la guardan, dan a todos sosiego y segura posesión de sus bienes. Así parece el que gobierna ánima del pueblo, que todas sus partes tiene en concierto y a todas da vida con regimiento, el cual si faltase, toda la república se disiparía, como se deshace el cuerpo cuando el ánima lo desampara. Y pues es así, noble estado es el de los que rigen y gran dignidad.

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA

HISTORIA

Católico soy, y como católico afirmo la Providencia, la revelación, el libre albedrío, la ley moral, bases de toda historia.

MENÉNDEZ Y PELAYO

IDEARIO RUSO-ZARISTA

La clase elevada y aristocrática cree que la luz viene de Francia. La lengua francesa es el cristal clarísimo, hermoso y diáfano al través del cual se ve la luz.

J. VALERA

Biblioteca Nacional de España

JUSTICIA

Su Majestad, de precepto divino, es obligado a hacer justicia, así al chico como al grande; y en especial su oficio de los reyes es librar de las manos de los opresores a los hombres pobres y menospreciados y afligidos y opresos, que no pueden por sí defenderse ni remediarse. Uno de los pecados que noches y días claman hasta los oídos de Dios, es la opresión de los pobres desfavorecidos y miserables.

BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

LIBROS

Refiérese que estando Marchena en Valencia, solía concurrir a una librería, donde provocaba y sostenía cuestiones religiosas, siempre con el criterio de los filósofos franceses. El librero tenía dos hijos pequeños, a quienes educaba en el catolicismo. Cuidadoso de ellos, y con el fin de evitar que se suscitasen polémicas en su casa por Marchena, pasó a la de éste para suplicarle que no las promoviese o que las esquivase. ¿Cuál no fué la sorpresa al encontrarlo leyendo las obras de Fr. Luis de Granada en unos volúmenes con apariencias de muy usados?

«Ha más de veinte años —le dijo— que llevo conmigo esta obra, y no ha transcurrido un día sin que yo haya leído algo en ella. Me ha acompañado durante la época del terror en los calabozos de París, en mi presurosa fuga con los Girondinos, y me ha seguido a las orillas del Rhin y en las montañas de Suiza; sobre todo, me acontece con este libro una cosa inexplicable para mí. Yo no puedo leerlo ni dejarlo de leer. No puedo tranquilamente dedicarme a leerlo, porque persuade mi entendimiento y subyuga mi voluntad en tal manera, que me parece que soy tan cristiano como los frailes y misiones que van a morir por la fe católica en la China o el Japón. No

Biblioteca Nacional de España

me puedo negar a su lectura, porque no conozco en nuestra lengua libro más admirable.»

ADOLFO DE CASTRO

MILITARES

Un militar, nacido con el genio de su profesión, es un hombre cuya conformación orgánica está bien dispuesta, que ni el valor, por sus demasiados ardores, altera la serenidad del espíritu, ni esta serenidad, aunque fría y reflexiva, disminuye el fuego del valor. Pero esta aptitud natural no es sola la cualidad esencial de un soldado; es necesario el talento, sin el cual degeneraría el valor en temeridad y la prudencia en timidez.

C. PEÑALOSA Y ZÚÑIGA

OPINIÓN

Yo estimo como la más miserable de las esclavitudes seguir de tal modo las opiniones ajenas, que no sea lícito a uno apartarse en lo más mínimo de ellas. De ese mal adolecen aquellos que de tal manera se someten a Santo Tomás, a Escoto o a Ockan, que parece que han jurado sobre las palabras de aquellos autores. Hasta se ponen motes de escuela y se llaman tomistas, escotistas u ockanistas. San Pablo mandó que cautivásemos nuestro entendimiento; pero fué en obsequio de Cristo, no en obsequio de los hombres.

FRANCISCO CASTRO

PRECIPITACIÓN

No vivir apriesa. El saber repartir las cosas es saberlas gozar; a muchos les sobra la vida y se les acaba la felicidad; malogran los contentos, que no los gozan, y querrían después volver atrás cuando se hallan tan adelante; postillones del vivir, que a más del común correr del tiempo, añaden ellos su

Biblioteca Nacional de España

atropellamiento genial. Querrían devorar en un día lo que apenas podrán digerir en toda la vida; viven adelantados en las felicidades, cómense los años por venir, y como van con tanta priesa, acaban presto con todo.

BALTASAR GRACIÁN

REPRESIÓN

Los gobernadores afeminados y flojos, para dar a entender que son hombres de valor y de pecho, suelen castigar con rigor y con estruendo los delitos ligeros.

JOAQUÍN SETANTI

SOCIEDAD DE NACIONES

El verdadero remedio para la universal concordia entre los príncipes cristianos sería que en Roma se hiciese un senado, donde todos los príncipes tuviesen una voz con agente suyo.

CAMPANELLA

TIEMPO

No seas de los vulgares que dicen que todo tiempo pasado fué mejor, que es condenar el porvenir sin conocerle. Muchos han pasado peores; muchos se pueden seguir menos malos.

QUEVEDO

Biblioteca Nacional de España

De Orbe Hispánico

Biblioteca Nacional de España

Cursillos de Trimborn y Guda Duyvis en la Universidad Central

Bibliografía Hispanoamericana

Exposición de Arte Moderno en Lisboa

Biblioteca Nacional de España

El movimiento universitario hacia el americanismo

Es evidente, como en otra ocasión dijimos, que cada vez entra más de lleno España en el estudio de los problemas de América, y dentro de éstos en los que atañen a las culturas primitivas, tan evocadoras y llenas de misterios para nosotros.

Queremos hablar hoy de las actividades del profesor Trimborn y de la profesora señorita Guda Duyvis. Germánicos los dos: el uno de la Rheinland y de Holanda la otra. Varios y atractivos fueron los temas que se propuso el Profesor en sus cursos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Sabemos que se debe la presencia del ilustre sociólogo alemán —americanista y arqueólogo en su etapa hispana— al generoso donativo de aquel prócer, ya difunto, que se llamó en vida conde de Cartagena y cuyo legado administra la Academia de la Historia.

El profesor Trimborn enfoca en sus cursos variados aspectos de las civilizaciones peruanas, abarcando desde lo lingüístico hasta lo esencialmente arqueológico. El mérito mayor quizá es el de haber reunido a su alrededor elementos que seguramente aislados hubieran sido de escaso valor para el americanismo y que cohesionados por la fuerza de su Profesor se encauzan en un sentido que constituyen quizá una promesa. Toda la actividad de los cursos del Profesor se ha dirigido a la cultura de los pueblos peruanos, desmenuzándola en todos sus aspectos. Tiene además el valor de haber sabido aprovechar los elementos arqueológicos que guarda celosamente el edificio de Bibliotecas y Museos. Aquellos vasos peruanos que llamaban nuestra atención por lo extraños con respecto a los de otras culturas, han sa-

Biblioteca Nacional de España

lido a la luz de la ciencia valorizadora y han sido estudiados diligentemente en sus características, en su estratificación y en su arte. Por tan meritoria labor merece plácemes el profesor Trimborn.

Semejantes actividades, pero encerradas en el ámbito más reducido de un pequeño curso sintético, son las que con respecto a México y las Culturas Centroamericanas desarrolla la señorita Duyvis en el Seminario de Estudios Americanistas, que tan profunda labor viene haciendo en el campo de esta sección. Los talentos y preparación de la señorita Duyvis son sobradamente conocidos. Es de los pocos estudiosos europeos que ha tenido la suerte de ver «in situ» los restos de las antiguas culturas. La señorita acompañó como asistente científico al doctor Lehmann, cuya estancia en Madrid en el mes de octubre pasado fué una promesa de más largos días entre nosotros, y pudo con él ir levantando planos y croquis de los monumentos seculares de mayas, mexicanos y peruanos. Todo el saber de la señorita Duyvis se traduce en la magnífica exposición de Arte antiguo americano que en el Palais des Beux Arts se inauguró en Berlín en diciembre de 1931. Aparecieron entonces ante los ojos extasiados de lo que se ha llamado «gran público» las joyas más preciadas y las riquezas artísticas menos conocidas. En estos días la Facultad de Filosofía y Letras tiene tan señalado huésped. Creemos sinceramente que a partir de este momento las ideas sobre las antiguas culturas de México y América Central no vagarán en la mente del aficionado con la imprecisión que hasta ahora. El sistema, el método, seguido por la sabia pluma (también en castellano, que domina a la perfección) de la señorita Duyvis, nos hacen esperar se abrirán nuevos horizontes para el americanismo efectivo y universitario.

Bibliografía

El núcleo de reseñas que ofrecemos hoy al lector puede agruparse en dos partes bien definidas. Un primer grupo significa

Biblioteca Nacional de España

lo que España, científicamente, va elaborando en el terreno del mejor conocimiento de los países que conquistó y de su obra en ellos. Hemos de hacer resaltar que, tanto el libro de Zavala como el trabajo de Rosenblat, pertenecen a la sección que en el Centro de Estudios Históricos organiza D. Américo Castro. Van granando ahora los frutos de esta labor y nos prometen aún más para el futuro.

Un segundo grupo está integrado por las tres reseñas finales, que no significan más que una apreciación de lo que la influencia española fué en el mundo. Vemos cómo el arte llegó hasta Filipinas o México, y cómo germina la savia de Goya en el espontáneo acuarelista Pancho Fierro.

Silvio A. Zavala: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América.* Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones científicas. Centro de Estudios Históricos. Sección hispanoamericana. I, 348 págs., 4.°.

Una prueba más de la potencialidad del Centro de Estudios Históricos viene a serlo la publicación de la obra que ahora nos ocupa. Fruto granado de la Sección Hispanoamericana, que, gracias al empuje de D. Américo Castro, va poniendo tono de ciencia a lo que con América tiene relación.

El trabajo constante y certero de Silvio A. Zavala ha cuajado en un libro que ocupa un lugar firme de clave en el edificio de los estudios jurídicos hispanoamericanos.

Plantea Zavala, y soluciona, en su libro, la totalidad de los problemas que se relacionan con las instituciones españolas en la conquista. Toma el asunto desde sus comienzos, haciendo un estudio documentado de lo que para los juristas de la España del siglo XVI fué el indio y su apreciación según el derecho de gentes. También *topa con la iglesia* y tiene que detenerse en las bulas, que históricamente tan gran papel desarrollan en la conquista y ocupación de América.

Largo sería seguir enumerando el cúmulo cuantioso de puntos que Zavala toca en su libro, que nos atrevemos a llamar bá-

Biblioteca Nacional de España

sico. La encomienda no está comprendida en él, porque nos la ofrece el autor como una segunda parte de su trabajo.

Uno de los capítulos que revisten más interés es el titulado *Organización de las huestes indianas*, en que su mirada segura va desentrañando las difíciles facetas de esta empresa. Quizá haya un punto en el que nuestra opinión pueda hacer una observación al fino estudio del compañero, del amigo, sin por ello querer quitar ni una línea de toda alabanza que a este libro pueda ser hecha. Nuestra observación es de fondo histórico y se refiere a la aseveración que hace en su pág. 134, al decir que las primeras expediciones se nutrieron de criminales de Castilla. Para aseverar esta noticia se apoya en la Cédula de los Reyes Católicos de 30 de abril y otras semejantes, pero no añade que éstas sólo fueron dadas en momentos excepcionales y en particular la primera, al no inscribirse nadie en la expedición colombina, lo que se evitó con la intervención de los Pinzones, que dieron prestigio naval a la hazaña.

El libro de Zavala es, por todos conceptos, un libro utilísimo y su ejecución y factura le hacen de imprescindible consulta a todo aquel que tenga interés por los estudios americanistas, más aún si son jurídicos.

Angel Rosenblat: *Población indígena de América.* «Tierra Firme», Revista trimestral. Núm. 1, 1935, págs. 115-133.

Tierra Firme, que por su título nos augura referencia a América, nos ofrece en su primer número —primor tipográfico entre tapas grises— sólo un óbolo americanista: el artículo cuyo título encabeza estas líneas.

Conocida nos es la figura de Angel Rosenblat, ya sea por su colaboración con Aurelio Espinosa o por su conferencia del Seminario Románico Berlinés. Tanto en una como en otra obra se nos aparece como un lingüista o, al menos, como un hombre dado a las letras. La faceta que hoy nos ofrece era para nosotros desconocida en él, y es en sí, dentro de la bibliografía, también algo nuevo o, por lo menos, no muy corriente.

Biblioteca Nacional de España

En su artículo, verdadero embrión o síntesis de un libro nonnato, se lanza a un género de la ciencia que podríamos llamar de *estadística histórica*. El problema cuya solución busca el genio zahorí de Rosenblat es de los más audaces y polifacéticos. La lectura de sus líneas y en especial de sus notas, nos evocan el ciclópeo trabajo desarrollado para ofrecer al lector, agrupadas en columnas, las cifras resultantes de cansados y prolijos cómputos. El tema escogido por nuestro amigo es por demás fatigoso y erizado de probabilidades de fracaso, que va salvando con seguridad no exenta de gracia. Unas veces le abruma el exceso de datos (contradictorios e ilógicos en muchos casos) y otras le asfixia la falta de ellos, la existencia de lagunas, que difícilmente puede salvar con la ayuda de la *Geografía y descripción general de las Indias*, de López de Velasco, que suple mil veces con ventaja. Procede en su estudio, inconcluso en este número de *Tierra firme*, de lo más moderno a lo más antiguo, de lo conocido a lo nebuloso.

Hemos de apuntar en estas líneas un hecho que creemos deber hacer resaltar y que, a nuestro juicio, es un acierto conseguido por Rosenblat. En un tema tan espinoso como el de la población indígena, que se presta a consideraciones sobre la actitud del blanco en América frente al indígena, el autor logra plantear los problemas con ecuanimidad y frialdad numérica, mencionando incluso los momentos luctuosos (represión del sublevamiento yaqui) tan sólo como base de los datos que arrojan, pero nunca como argumento de valor probativo en relación con la desaparición del indio americano.

The Reredos of Santa Fe.

Este es el título de un tríptico de cartulina que llega a nuestras manos. Su autor, Alexandre von Wuthenau. ¿Qué significan estas tres hojas de papel colocadas en la forma dicha? Para nosotros, mucho. Son la prueba de un rastro español en América, pero en América del Norte, muy al Septentrión de lo españolizado, en Santa Fe.

Biblioteca Nacional de España

La Catedral de Santa Fe nos guarda un delicioso retablo español del siglo XVIII, destinado en principio a la capilla militar de la ciudad, donde es colocado en 1761; en 1869 pasa a ocupar el puesto que hoy tiene.

El estilo de los tres picos de este retablo nos evocan toda la fuerza de lo español, de la conquista y colonización españolas, recogiendo todas las diferentes savias que a su paso va encontrando, pero fundidas en un arte propio y *sui géneris*, singular y personalísimo don de una raza.

Pertenece al tipo de los retablos arquitecturales barrocos, que ya tienden a una simplificación. Los elementos son varios y contrapuestos. El decorado, propiamente dicho, aunque hecho con volutas y floripondios puramente europeos, evocan en su estructura, en su disposición, la técnica plana (que, en parte, imitan) de las abigarradas construcciones mexicanas aborígenes, que un poco más al Sur tenían tan a la vista los españoles. Las estatuas, relieves mejor, son de una ingenuidad encantadora, exceptuada la de San Juan Capistrano, del panel central, que es posterior y policromada. La disposición de los relieves nos vuelve a recordar lo mexicano, los códices de la *Historia de las cosas de Nueva España*, de Fr. Bernardino de Sahagún, por ejemplo, en que las figuras ingenuas de los feligreses se agolpan alrededor de la del sacerdote con sencillez semejante a la del retablo de Santa Fe.

Prescindiendo de estos evocadores detalles, reduzcámonos a su significado, y veamos emocionados cómo entre las culturas indígenas, que vegetan, y la norteamericana, que se impone con potencia, destaca, límpido y sin contaminación, como un ejemplo de señorío, este retablo de Nuestra Señora de la Luz, español, nuestro.

A Guide for the Tourist. The church and Convent of Saint Augustine. A brief historical sketch illustrated with 38 Photographs.

Este folleto, alargado horizontalmente, bilingüe y misional, no nos servirá más que de intermediario para adentrarnos en el

Biblioteca Nacional de España

corazón de algo muy español, colocado en tierras distantes y oceánicas por la fuerza creadora de nuestro pueblo y de las órdenes religiosas que de su seno partían a inundar el mundo con la luz de la revelación, y que nos hacen exclamar, como lo hacen los autores del bosquejo histórico que antecede a las ilustraciones:

«Ojalá que la deuda de gratitud que el pueblo filipino debe a las órdenes religiosas en general y a los Agustinos en particular, viva perennemente en sus almas.»

Hablamos del convento e iglesia de San Agustín, en Manila, imponente mole que levanta su majestad a pocos pasos del muelle. Su historia es la de la isla misma y la misma que la de la dominación o influencia española allí, perdurando, como testigo mudo, que por encima de los siglos consagra la gloria de quienes supieron levantarla, que, como dijo Felipe II, «son grandes en facellas aunque cortos en narrallas».

La mole total de este edificio es muestra y modelo en su género y parece como si se hubiera penetrado de la idea de su función representativa de una raza: su bóveda es la única que no se ha hundido en las frecuentes sacudidas sísmicas que sufre Manila, lo mismo que el idioma español subsiste al través de los vaivenes políticos de la política del Pacífico de los Estados Unidos.

En este monumento parece que el destino hubiera querido ir acumulando dones y cualidades que lo hicieran único posible testigo de lo que fué la potencialidad de un pueblo creador; tras la muerte de D. Juan Macías, su primer arquitecto, se encarga de la conclusión de las obras el agustino Fr. Antonio de Herrera, hijo o sobrino del artífice escurialense. El entronque con lo español más recio se ve aquí, en este hecho, con mayor claridad, como una predestinación.

Prescindiendo de detalles, que no hacen al caso, de quiénes fueron sus decoradores pictóricos (Alberoni y Bibello) o de cómo son sus ojivas y contrafuertes, hemos de pasar de la iglesia al convento, resultado del tenaz empeño del P. Pedro de Arze, prior entonces, y de la actividad del lego Fr. Antonio de Herrera.

Biblioteca Nacional de España

Evoquemos lo que para los naturales constructores de chozas de caña y nipo debió significar el levantamiento de una mole de 76 metros de largo por 60 de ancho, con varios metros de elevación, resistente como algo inmutable a los estertores internos del planeta, a los que no oponían obstáculo ninguno las débiles construcciones allí existentes.

¿Qué tiene aún de atrayente para nosotros el carácter de estos dos edificios adyacentes? Algo todavía más nuestro, más español y sugeridor de recuerdos, que no por pertenecer a glorias que fueron deja de ser nuestro. Lo que despierta en nosotros la memoria de los argonautas atrevidos que se lanzaban a mares desconocidos, es la lápida cuyo epitafio, breve y sereno, transcribimos:

«IN Memoriam | aqui yacen los restos mortales | del adelantado Legaspi y su nieto | Salcedo Lavezares. Beato P. Pedro | de Zuñiga y otros heroes de la | conquista: los que aventados por | los ingleses en 1762, confundidos | y revueltos fueron colocados por | los PP. Agustinos en esta capilla.»

Para concluir estas líneas en que queremos hacer resaltar el valor *estrechador de lazos* de este secular monumento, desearíamos sólo que cualquier lector pudiera hojear las páginas del folleto de que hemos hecho mérito, sin saber previamente dónde estaba localizado el monumento en él descrito; la impresión sería, indudablemente, de que se trataba de algo puramente español, en España. Esta experiencia bastaría para que pudiéramos apreciar en toda su grandeza la obra de una raza, que en los más distintos medios produce con el mismo sello personal inconfundible.

Angélica Palma: *Pancho Fierro, acuarelista limeño*. Selección publicada bajo los auspicios de la municipalidad de Lima en el IV centenario de la fundación de la ciudad.—Sanmartín y Cía., S. A., Lima, 1935.

Ya en *Filosofía y Letras*, revista de nuestro despertar al mundo de lo escrito, Angélica Palma nos habló de Pancho Fierro, nombre que nos evoca rudezas y fortalezas del españolismo

Biblioteca Nacional de España

de allende los mares. En las líneas de *Filosofía y Letras* Angélica Palma prometía, a nosotros quizá, un libro sobre el tema; aquí lo tenemos, sirviéndole como prólogo las palabras dichas en la Unión Iberoamericana de Madrid en 7 de abril de 1930.

Pancho Fierro es en Perú un compendio de lo que en España fueron otras figuras, como Goya o Galdós, que en sus caricaturas, pintadas o escritas, retratan el alma y sentir de un pueblo. Pancho Fierro es el Daumier ingenuo y sin hiel de una Lima aún colonial, pero emancipada; aún tradicional, pero progresante.

Angélica Palma, en este estudio, no procede por sí misma, como nos tiene acostumbrados en otras obras, sino que, al ceñirse a la relación histórica, la salpica con lo pintoresco, con lo tradicional, al modo antiguo, novelador y genialísimo de su padre D. Ricardo Palma.

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

EL MOVIMIENTO LITERARIO Y ARTÍSTICO EN PORTUGAL

Demos hoy la primacía a las Artes plásticas. La Exposición de arte moderno reune a algunos de los corifeos de los tiempos heroicos del futurismo y del cubismo. Todos ellos, como Picasso, el jefe universal, evolucionan hacia un equilibrio en que ya están demás las agresividades y los entusiasmos de la hora revolucionaria. Algunos son ya muertos, como aquel tan bien dotado Amadeu de Sousa Cardoso, que no conocí personalmente, pero del que guardo un bello cuadrito, una fuga cromática, en que la orquestación de los colores y el íntimo sentido de ansia dramática nada perderán al correr de los años; pero, felizmente, quedan otros vivos, doblemente vivos, unos que han venido a esta Exposición, otros ausentes, como José de Almada Negreiros, a quien por varios títulos cabe uno de los primeros lugares, y a esos se han añadido otros de las generaciones nuevas.

Entre todos se destaca, como el más pintor, Antonio Soares, sobre todo por la composición, quiero decir no meramente la

Biblioteca Nacional de España

disposición de las figuras en el lienzo, sino la articulación jerárquica y armónica del trazo y del color, que un crítico de hace poco, A. Lhote, propugna como norma primera de valor permanente. A mí, A. Soares me parece el más portugués, aquel que mejor se sitúa en el espíritu y en el sentido tradicional de la pintura portuguesa, la que después de su integración en la corriente española (como el teatro vicentino), vino o florecer en Columbano, a pesar de todas las influencias extrañas que éste sufrió. Realmente, a Soares se le tiene emparentado con Columbano, pero a veces se exagera injustamente el papel del maestro en la formación artística del discípulo. A herejías sonará esta afirmación del portuguesismo de A. Soares, a quienes identifican el espíritu nacional con el regionalismo pintoresco; a estos tales parecerán más portugueses las enternecidas acuarelas de una ilustre señora, D.ª Raquel Roque Gameiro, expuestas en una misma sala de esta misma Sociedad Nacional de Bellas Artes. El equívoco es el mismo que en música se comete con el «impasse» del fado y de las cantigas regionales, plagiadas, estilizadas, llevadas y traídas, sin ofensa sea dicho, para las mayores audacias de un Smetana o de un Falla. De lo que yo llamo la segunda manera de Soares, presenta el artista un retrato bien modelado, sobre largas y flotantes manchas grises trabajadas amorosamente. De su última fase será el gran cuadro «Lisboa dos Bairros Populares», que ocupa uno de los lugares de honor de la Exposición; aquí el color pierde ya aquella opacidad y aquella secreta amargura de los cuadros anteriores, y gana vibración y luminosa transparencia poética. Pero, para mi gusto personal, es superior a estas obras el óleo «Velhos recantos de Lisboa», de atmósfera admirable, de sinfonía de tonos y de ritmo, de bella inspiración y clásico equilibrio.

En otro sitio de preferencia está Jorge Barradas, éste, creo, más dibujante que pintor; no es que Barradas carezca de talento y de *métier*. Su técnica le permite dar aquella «inmediata realidad de las cosas», de que habla E. Faure; pero visiblemente, «enche» el dibujo con tintas más trabajadas que pintadas, ¿diré por eso que a sus óleos prefiero los diseños acuarelados,

Biblioteca Nacional de España

por ejemplo, aquellas expresivas, soñadoras, delicadísimas cabezas de niños con que nos encantó otra vez?

Eduardo Viana es un artista pleno de seguridad, exuberante y sensual en su colorido, fuerte y audaz, que ve la materia con ojos claros, que conoce la luz, y si en algún cuadro se transparenta tal cual esfuerzo creador, en otros es de un estilo perfecto.

Dordio Gómez será, acaso, el de mayor evocación pictórica de las nuevas generaciones. Su cuadro grande, «Una vista de Oporto, y especialmente, para mí, su pequeño «Puente del Duero», son de un pintor de verdad.

Mario Eloy, trabajado por influencias alemanas, a lo que se me figura, dibuja y pinta con vigor. Su «Amor» tiene algo de donjuanesco, en la interpretación de *dominio* que dieran al mito Fidelino de Figueiredo y André Suares; pero un dominio, sin contenido religioso y heroico, como el español, es decir, *dominio* germánico.

Paulo es una bella revelación. Creo que en él hay un futuro pintor.

Lino Antonio mantiene su crédito. De otros, como de ese inteligente y desconcertante Guilherme Felipe, desearía aún hablar; pero el espacio falta y creo haber hablado de los más representativos.

En escultura, Alburquerque de Bettancour expone un grande bajorrelieve, digno de nota; Antonio da Costa, un correcto busto del señor Presidente de la República; Francisco Franco, un admirable busto del doctor Oliveira Salazar y Canto da Maya», dos barros delicados, encantadores de modelado, de ritmo y de inspiración.

No puedo escribir de otras Exposiciones, como desearía; la de dibujo, de Alvaro Canelas, de Alfredo Antunes, de Roberto Araujo...

Creo que hay una grave injusticia en las frecuentes quejas de los brasileños por la barbarización de la lengua común. No niego que por allá se atente muchas veces contra la pureza del idioma. Pero también se confunde vicio con virtud, decadencia

Biblioteca Nacional de España

con renovación. Una lengua tiene «constantes», un espíritu y una estructura propia que es preciso respetar, y contra los que pecan la confusión y la barbarización, que es preciso combatir. Pero dentro de esas «constantes» la lengua evoluciona, se renueva, para expresar, en cada momento, la vida; tiene un progreso, en el sentido etimológico de la palabra. Los grandes prosadores son los grandes renovadores del idioma, los que lo descubren e inventan posibilidades inéditas de expresión y de ritmo nuevos: un Fernán Lopes, un Camoens, un Vieira, un Cavalheiro de Oliveira, un Garret, un Camilo, un Eça, son revolucionarios de la prosa, que la dinamizan soplándole alientos, o sea alma.

La representación en Lisboa de la obra teatral *Dios se lo pague*, del brasileño Joracy Camargo, obra que obtiene un largo y merecido éxito, y un delicioso libro, *Feira Desigual*, de otro brasileño, Dante Costa, que acabo de recibir, me sirven de motivo para expresar mis simpatías por uno de los mayores servicios que al patrimonio común está prestando la intelectualidad brasileña: Su verdadera ansia de renovación o su esfuerzo por vivificar la lengua.

Tengo que dejar, para la próxima crónica, el registro bibliográfico de este mes.

GUSTAVO DE FREITAS

Lisboa, 15 de abril de 1935.

Biblioteca Nacional de España

El Jardín de las Hespérides

Biblioteca Nacional de España

VIZCAYA

La Sociedad de Estudios Vascos

Biblioteca Nacional de España

La Sociedad de Estudios Vascos

El primer Congreso de Estudios Vascos, celebrado en Oñate durante el verano de 1918, declaró constituída la Sociedad de Estudios Vascos, entidad que había de consagrarse a empresas de cultura encuadradas dentro del marco de las disciplinas que pudiéramos estimar específicas para el país. La leyenda de un escudo solariego de Aulestia (Vizcaya) sugirió el lema de la naciente Sociedad, a la par que el roble simbólico suministró representación gráfica al emblema. Toda la obra social ha respondido a los conceptos contenidos en ese lema y en ese emblema. De esta suerte, todo ha sido hecho *por la idea y por el saber*, es decir, *asmor ta jakitez*, y todo ha tenido características de amplitud, como haciendo gracia al simbolismo del roble, cuyas ramas se extienden en un alarde estilizador al servicio de propósitos de expansión.

Presidida la Sociedad de Estudios Vascos desde su fundación por D. Julián Elorza, garantía de ponderación, y dirigido su mecanismo interno por los Secretarios D. Angel de Apraiz, docto Catedrático universitario, y D. Pedro de Garmendia, experto bibliófilo, cuenta entre los constituyentes de su Junta Permanente a personas de tan acusado relieve en los dominios de las disciplinas vascas como los Sres. Campión, Mugica, Leremboure, Barandiarán, Zaragüeta, Urquijo, P. Laburu, Irigaray, Aguirre, Armendáriz, Irizar, Oroz, Aranzadi, P. Donostia, Leizaola (J. y C.), Gárate, Allende-Salazar, P. Alzo, Sota, Le-

Biblioteca Nacional de España

cuona, Echegaray, Dúo, Gainzarain, Basterrechea, Díaz de Mendivil, Irujo y Altube.

Pronto hubo de dar frutos bien sazonados la simiente depositada en Oñate. No son muchas las instituciones filiales de la Sociedad de Estudios Vascos; pero todas están profundamente enraizadas en el suelo de la cultura.

La Academia de la Lengua Vasca, constituída en 1919, es la suprema corporación depuradora y conservadora del idioma vernacular. Sus miembros, reclutados entre filólogos de nota y hablistas de crédito, son autoridades cuyas decisiones se aceptan a título de argumento de magisterio. Dos de ellos, D. Resurrección María de Azkue y D. Julio de Urquijo, merecieron por su competencia ser recibidos como numerarios en la Academia de la Lengua Española.

Decir del Laboratorio de Etnología y Eusko-Folklore, dirigido por D. José Miguel de Barandiarán, que es un centro de resonancia internacional no es descubrir ninguna novedad. Los materiales y los anuarios que han salido a luz procedentes de ese instituto de cultura han sido acogidos siempre con encomio y aprobación universales.

Figuran también como filiales de la Sociedad de Estudios Vascos la agrupación *Euskaltzaleak*, dirigida por ese espíritu culto y dinámico que es D. José de Ariztimuño, y el Centro de Estudios Científicos, de San Sebastián, que apenas nacido tiene el impulso de una Facultad libre de Ciencias.

Los órganos sociales son el *Boletín* y la *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Recoge aquél la parte que pudiéramos llamar administrativa y oficial, a más de una bien cuidada y completa relación bibliográfica de cuanto acerca de estos estudios especiales se viene publicando, al paso que la *R. I. E. V.* viene a ser el vehículo científico y expansivo de las disciplinas características del país. Fundada esta *Revista* por el ilustre hombre de letras D. Julio de Urquijo, y dirigida siempre por él, aun después que la publicación fué incorporada a la Sociedad de Estudios Vascos, ha sido en todo momento lo que necesariamente había de ser con una dirección tan atinada, a virtud de

Biblioteca Nacional de España

cuya influencia y prestigio se agruparon en la lista de colaboradores efectivos las más sólidas autoridades de la ciencia internacional. Con efecto, en las páginas de esa *Revista* se entreveraron los más diversos idiomas, siempre al servicio de los estudios vascos, como se amalgamaron —hay que desposeer a la expresión de todo sentido peyorativo— las firmas de sabios de dilatadas comarcas, coincidentes todos ellos en su curiosidad reverencial hacia los misterios de nuestro origen y de nuestra lengua. Baste mencionar los nombres de H. Schuchardt, C. Jullian, J. Vinson, C. C. Uhlenbeck, A. Farinelli, T. Aranzadi, J. Gárate, A. Campión, J. Jaurgoin, C. y B. Echegaray, R. Azkue, J. Daranatz, P. Bosch Gimpera, M. Faddegon, G. Herelle, H. Gavel, W. Giese, S. Mugica, P. Lhande, D. Aguirre, J. C. Guerra, G. Bahr, L. Spitzer, M. Herrero García, A. Schulten, C. Michaelis, Meyer-Lübke y G. Schurhammer, omitiendo otros muchos por no hacer prolija la enumeración, para convencerse del área de extensión y de los grados de intensidad logrados por los realizadores de esta *Revista*. Después de lo expuesto, a nadie podrá extrañar que D. Marcelino Menéndez Pelayo tuviese en gran predicamento a la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, se hiciese lenguas de su solidez y espíritu científico y afirmase que su doctrina era la mejor dirección para los estudios vascos.

Seis Congresos lleva organizados la Sociedad de Estudios Vascos. Para no dar excesiva longitud a esta reseña no habremos de hacer hincapié en la descripción de cada uno de ellos, y únicamente presentaremos como ejemplar el III, celebrado en Guernica en 1922, al que concurrieron con ejercicio activo personalidades de la talla de Menéndez Pidal, Meyer-Lübke, Uhlenbeck, Lacombe, León, Saroïhandy, Urtel, Navarro Tomás y otros sólidos prestigios, de cuyas enseñanzas se benefició notablemente el estudio metódico del idioma vasco. Junto a esas reuniones, de cierta solemnidad y aparato, hay que colocar también otras asambleas de tono menor, en las que preferentemente se han tratado temas de interés más bien profesio-

Biblioteca Nacional de España

nal que doctrinal, aunque haya presidido en todo momento un afán de estudio compatible con un propósito de aplicación.

Se han celebrado, asimismo, con éxito creciente cada año, Cursos de Verano, con una concurrencia estimulada por la concesión de becas y bolsas de viaje, de las que se han beneficiado los estudiantes con notorio provecho para su adelantamiento intelectual. Ultimamente se dividen esos Cursos en dos etapas: una que pudiéramos llamar preparatoria y de iniciación con temas heterogéneos, y la segunda, que es de especialización sobre temas que varían en cada año.

Parece este lugar oportuno para citar los Cursos de Metodología y Alta Cultura, celebrados en Bilbao en dos diversas ocasiones, mediante el concurso de los Profesores Menéndez Pidal, Frankowski, Navarro Tomás y Américo Castro.

No se ha despreocupado, sin embargo, la Sociedad de la vulgarización de la cultura, atenta al empeño de llevarla a los medios más necesitados, y consecuencia de este propósito ha sido una serie de conferencias, las más de ellas ilustradas con proyecciones, que han servido para hacer llegar hasta los labradores y artesanos métodos progresivos y conocimientos modernos.

Otras actividades de la Sociedad de Estudios Vascos se han dirigido a patrocinar y costear las investigaciones de Prehistoria que realizan los Profesores Aranzadi, Barandiarán y Eguren; las de Derecho tradicional vasco, dirigidas por el docto jurista D. Bonifacio de Echegaray; las de Geografía Humana, por D. Leoncio de Urabayen, y otras de que no se hacen mérito por razones de brevedad.

Se ha pensionado en diversas ocasiones a estudiantes y personas especializadas para realizar estudios de orientación y de ampliación en el extranjero, y dentro de los locales de la Sociedad y al amparo de su selecta biblioteca —cuya base central la constituye el fondo *Aizkibel*, así llamado en memoria del legatario—, se han hecho prácticas de seminario y laboratorio sobre diversos asuntos, llegándose a la formación de un Repertorio de artistas vascos y de un Catálogo de obras de arte vascas.

Biblioteca Nacional de España

Empeño tenazmente perseguido por la Sociedad de Estudios Vascos desde su constitución y no logrado todavía es el de tener Universidad dentro del recinto del país. Esa Universidad está reclamada por el alto porcentaje de estudiantes vascos y por el legítimo deseo de poner fin a la injusta excepción, por la cual el País Vasco es la única comarca carente de un centro oficial de estudios superiores.

Hoy, sin que ello suponga dejación de un anhelo tan digno de estímulo como sobrado de justificación, se esfuerza la Sociedad de Estudios Vascos en llenar esa laguna mediante los Institutos, cursos, conferencias y prácticas de seminario y laboratorio de que hemos hecho ya mérito. Día llegará en que el deseo se convierta en hecho; pero entonces, la Sociedad de Estudios Vascos no quedará desminuída en sus actividades, sino que recibirá de la Universidad, con acrecentamiento de interés, los beneficios de orden intelectual que se derivan de todo intercambio científico.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Los Trabajos y los Días

Biblioteca Nacional de España

Teatro

Exposiciones

Conciertos

Tribunas

Libros

Biblioteca Nacional de España

Teatro

Termina una temporada, comienza otra... Y nunca fué más exacto el viejo símil de la serpiente que devora su cola. Aro, anillo, cadena, lanzadera de los telares, rueda de los molinos, espirales de la hélice... Todas las imágenes lentas y continuas. Tenemos la sensación de que, para contradecir a Demócrito, el rio pasa segunda vez el viejo puente, y nos bañamos de nuevo en las mismas aguas.

De poco sirvió el paréntesis de la cuaresma con sus cenizas y su «Memento». Dos obras muy distintas, de inspiración católica, *Los hermanos de Betania* y *La casa del olvido*, llenando el interregno de las meditaciones, que hubieran sido tan útiles a los responsables del camino de nuestra escena, han servido de poco en cuanto al aprovechamiento estético se refiere.

Sin embargo, nosotros hubiéramos aconsejado a todo estudiante, deseoso de aprender en la carrera del teatro, que no dejara de verlas. De ambas habría sacado útiles enseñanzas.

Los hermanos de Betania, de los Sres. Martínez Kleiser y Eduardo L. del Palacio, es una obra *perfecta* desde el punto de vista de la «Retórica». Un Quintiliano de nuestros días no podría exigir a sus mejores alumnos, como trabajo de clase, cosa más acabada. Es una maravilla, de esas que se premian con una corona de laurel artificial, una medalla de similor y un diploma de orla barroca, donde un herrero, de torso hercúleo y una «fama» envuelta en una sábana de baño, se mezclan a otras muchas cosas y ringorrangos que no vamos a describir.

Biblioteca Nacional de España

—Adelante, hijos míos —les habría dicho el viejo dómine, limpiando el cristal empañado de las gafas que nubló la emoción de la lectura—. Después de esto, ya no os queda nada que aprender en mi clase. Vuestra obra recuerda a cada paso una ascendencia ilustre; habéis sabido aprovechar los mejores modelos, demostráis conocer a los grandes autores del Siglo de Oro y a los escritores románticos. Vuestro tema es excelso, y os acercáis a él con reverencia. *Para hacer una obra de arte, ya nos falta más que la inspiración.* Porque la inspiración, hijos míos [continúa hablando el profesor de Retórica], no se aprende leyendo esto o lo otro. Esa es cosa que otorgan los dioses [los profesores de retórica siempre afectan una leve paganidad en el lenguaje, aunque sean bonísimos católicos]. Y sin inspiración, con todas las enseñanzas que tan bien habéis aprendido, no conseguiréis hacer más que una obra fría, desmayada y sin vida. ¡Que, acaso, acaso logre engañar a algún empresario! Porque los empresarios, como desdeñan perfectamente el arte, no saben distinguir el oro verdadero del simulacro de la alquimia; pero al público no le engañaréis y saldrá íntimamente decepcionado, aunque no sepa por qué, y vuestra gloria no pasará nunca de esta corona de laurel, de trapo, y esta «fama» de litografía con su palma y su trompa.

—Pero, maestro, querido maestro —podría haberle preguntado un alumno desvergonzado y con cierta práctica de estrenos—, ¿usted cree que al público no se le engaña nunca?

—Sí, hijos míos, se le engaña, ya lo creo que se le engaña, pero no imitando los grandes modelos, ni leyendo a los clásicos, que es, al fin y al cabo, utilizar armas nobles, cuyo resultado es el logro estético, o sólo el simulacro vano. Para engañar hay que emplear la *gitanería*, lo que podríamos llamar la *gitanería literaria*. Nuestro teatro actual está lleno de ejemplos de este arte. Por desgracia, abundan los gitanos literarios... El gitano no sueña nunca con ser un Calderón o un Lope. Le basta con ser listo y saber que en el mundo hay mucho tonto y, sencillamente, se dedica a engañarlos, procurando hacerles creer que les da gusto.

Biblioteca Nacional de España

A los tontos [este viejo retor comienza a poner cátedra de psicología] no les complace más que reír a carcajadas o llorar cómodamente. Porque hay una manera cómoda de llorar cuando a uno le hurgan las capas superficiales de la sensiblería sin conmoverle profundamente. Conmoverse de verdad es incómodo y hasta corre uno el riesgo de no llorar. ¡Cuando lo que se busca son las lagrimitas fáciles, esas que le hacen a uno sentirse bueno, aunque sea el usurero más pétreo, el hijo sin entrañas, el envenenador o el desollador más consumado! Lágrimas que no descompongan maquillaje, ni compliquen el *rimels*, de esas que se recogen con la punta de los dedos.

Para lograrlas no hay que ahondar mucho, ni buscar muy largo el camino. Cosas sencillas, vistas mil veces, bastan. Lo que ya dió resultado en cien ocasiones no fallará una más.

Así, si se trata de una obra de cuaresma para que vayan al teatro sin escrúpulos esas damas que el Jueves Santo se ponen una peinetona muy grande y un traje bien ceñido y bien despechugado y se sienten «tan españolas y tan católicas», porque el catolicismo está en la mantilla y el españolismo en la peineta; no es necesario más que preparar una ermitilla de guirlache, donde una monjita de almidón, bien sonrosadita y toquiflotante, haga tañer la esquila de una espadaña.

Una hermanita de la Caridad, que se ha entregado a los desvalidos después de un desengaño amoroso (la llamada divina en lo íntimo del alma no la conciben esas señoras que se ponen peineta y escote el Jueves Santo), que dice coplas y romances y canta los «campanilleros de la madrugá...», al son del «pianorro» lejano de un merendero, puede muy bien servir para el efecto. Se rodea a esta monjita —guardaos de llamarle monja sencillamente— de un rebañito de chiquillas desgraciadas, buenas en el fondo; de un capellán simplote y bueno también; de un jardinero que es un alma de Dios; de un mozo de este mismo hortelano, feo, brutote y sentimental; de una tornera gruñona; de una superiora severa y un poco incomprensiva; de una señorona millonaria y algo tiránica; de un señorito burlador, hijo de la dama protectora, por más casualidad; de una pobre mu-

Biblioteca Nacional de España

chacha seducida por el mismo seductor, que es al mismo tiempo el desengaño blanco de la monjita de almidón...

—Pero, maestro —interrumpe uno de los discípulos del retor—, que todo eso que nos está pintando es una especie de folletín, azul y rosa, de D.ª Pilar de Sinués.

—No, señor —respondemos nosotros—; eso es *La casa del olvido*, del Sr. Fernández de Sevilla, autor de los llamados de cartel.

Porque ahora resulta, jóvenes estudiantes de literatura, que os preparáis a la carrera del teatro, que el *folletín* no ha muerto, como os hacen creer los maestros de gusto depurado que intentan formar vuestra sensibilidad.

El *folletín*, no sólo no ha muerto, sino que reverdece cada día, y ahora, cuando han sonado las campanas pascuales y apuntan más lozanas las hojas nuevas de los árboles, el folletín que hace llorar al respetable gremio de las porteras tiene una nueva versión en Lara, de manos de un joven al que la crítica señaló desde su aparición como singularmente bien dotado para el cultivo de la escena.

Y no vamos a ser nosotros quien niegue las dotes de autor teatral al Sr. Suárez de Deza. Lo que hacemos es lamentar con toda nuestra alma que las emplee en tales empeños como este ¡*Adiós, muchachos*!

Posee el Sr. Suárez de Deza una habilidad para captar el interés del auditorio y sostenerlo a través de los tres actos que han de envidiarle aun los más duchos. Sabe presentar con un aire de novedad las situaciones y los personajes ya conocidos, y logra pasar como verosímil todo lo que se propone. El diálogo, ágil, se desliza con extraordinaria facilidad.

Mas, en cuanto se le ha registrado todo esto, ¿qué le queda?

A nosotros no nos asusta lo arbitrario si tiene la finalidad de lograr una emoción estética o cuajar una inesperada sorpresa de humor; pero el autor de ¡*Adiós muchachos*! usa de ello únicamente para sostener su fábula, que, en el fondo, es un folletín, y que, a falta de otra cosa, se condimenta con una sentimentalidad de lo más vulgar.

Biblioteca Nacional de España

Aquí, a un padre, para sacrificarse por su hija y hacer que se case con el hombre a quien ama, no se le ocurre más que lanzarse a la vida alegre, y en cuanto encuentra una mujer de cabaret que le gusta —pero de la que no se enamora, porque si fuese un caso de pasión senil todo estaría explicado—, se casa con ella. La hija, que no quiere aceptar el sacrificio paterno, admite, a sabiendas, una madrastra de tal laña, y se lanza a transformarla hasta convertirla en «una señora». La lucha entre las dos mujeres hubiera podido ser un tema interesante, pero se nos escamotea y se diluye en una serie de episodios ágiles con los compañeros de «trinca» de la *cabaretera*, que se presentan en su casa, y, al fin, terminamos sin saber por qué esta mujer, que no es mala, se conduce en ciertos momentos de determinada manera. Sobre todo, el impulso que la llevó a la aventura, los propósitos que tuviera y su transformación en la dama burguesa, permanecen arcanos para el público. Seguramente porque el autor no se ha entretenido tampoco en pensar sobre ellos, ya que al Sr. Suárez de Deza no son medios teatrales de expresión lo que le faltan.

La figura más clara, más noble y menos inverosímil es la de la hija, campeona de la vida burguesa, cuyo elogio se hace constantemente en los tres actos, aunque tampoco falte algún manido tópico de tango que sale de vez en cuando, como ese del título, a hacer vacilar a la antigua cocota, pensando en la vida «alegre y sin límites» de su anterior modo de existir.

Lo más inverosímil es toda la «suite» cayendo y siendo aceptados entre la burguesía más distinguida de una provincia española. Aparte de que el recurso es, en suma, una situación que se repite constantemente, como las variaciones de una melodía sencillísima, y acabamos más hartos de ellos que los mismos protagonistas.

* * *

Grande es la habilidad del Sr. Suárez de Deza, pero acaso no sea la menor el haber entregado esta obra a una compañía como la de Lara. Concha Catalá hace el tipo de la hetaira ma-

Biblioteca Nacional de España

dura con una naturalidad, con una perfección tal, que acaso por ella, por la expresión de su mirada, por el alma que contiene en el gesto, nos interesemos tanto y nos duela no saber más de su espíritu y de sus móviles, y la bellísima Ana María Custodio, apenas el papel le da un resquicio, muestra toda la fibra de su temperamento.

Angelina Vilar, González y Gaspar Campos, con todo el resto de la compañía, completan un reparto excelentísimo y realzan admirablemente sus papeles.

En cuanto a interpretación se refiere, tampoco la monjita de *La casa del olivido* tiene menos que agradecer a una actriz tan eximia como Lola Membrives.

Pero, sobre todo queremos destacar como digna de ser recordada la encarnación que de la Magdalena de *Los hermanos de Betania* ha hecho María Guerrero López: el brío, el garbo, la nobleza, la dignidad de esta actriz, se ven muy pocas veces en nuestra escena. Es, acaso, el temperamento escénico más grande que hay en este momento teatral. ¡Lástima que Fernando Díaz de Mendoza, que es un director admirable, que hace valer las sombras en escena como no se acostumbra hacer entre nosotros y agrupa las figuras y cuida los menores detalles de un modo perfecto, no se decida a ser sólo director y realizador escénico y busque, para que dé la réplica a esta maravillosa actriz un *partenaire* que no haga decaer el tono de gran elevación que ella da a las obras!

HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA

Exposiciones

LA EXPOSICIÓN PÓSTUMA DE JOSÉ PINAZO

Cuando tras una serie de exposiciones en las que, a lo más, se encuentra un atisbo de algo que puede llegar a ser, se halla uno frente a una colección como la que se expone en estos días

Biblioteca Nacional de España

en Arte Moderno, es cuando se siente la enorme responsabilidad de la labor crítica. ¿Por dónde empezar? Por ello, mejor que una ordenada y lógica crítica será un recorrido sobre lo que hemos sentido al pasar frente a los cuadros de Pinazo.

Primera sensación: Pero éste no es el Pinazo de *Floreal*.

Segunda: Sí, sí que lo es. Conserva todas sus características fundamentales. Conserva ese sentido del color que, en sus notas esenciales, tiene intuitivamente todo valenciano y que en Pinazo alcanza su matiz más profundo. Pero hay algo más. En todo esto hay una depuración extraordinaria. El color tiene en Pinazo toda la brillantez de su primitiva manera, y, sin embargo, los cuadros dan una primera impresión de frialdad, de apagamiento. ¿No habrá para el color —y Pinazo sería su encarnación— algo de lo que para la forma es el esquema, de lo que para la explicación es el cuadro sinóptico? ¿No habrá una especie de cubismo de la luz? ¿Algo que, buscando allá las más profundas razones, aquí el más hondo sentido, nos diera lo puramente esencial?

Tercera: Pinazo es un pintor cuyo éxito era inevitable. El entendido encuentra en él una serie de valores pictóricos. El lego halla verdad en sus cuadros. Ante muchos de sus bodegones, hemos pensado, no «qué calidad tiene ésto», sino la frase vulgar, que en esta ocasión nos parecía más ajustada: «parece de verdad». Y recordábamos lo que alguien decía sobre la verdad en la pintura: «Un limón de un impresionista, parece un limón; pero se le abre, y... nada hay dentro. Un limón pintado por un cubista tiene zumo, tiene pulpa, tiene todo lo que tiene un limón; pero no lo parece». Un limón pintado por Pinazo, lo es por dentro y por fuera.

Cuarta: Con cuánto gusto pediríamos permiso a los señores Sáinz de Vicuña, que Pinazo ha retratado, para asomarnos un momento al balcón del fondo. Qué bien se debe andar por esa habitación. Y confesemos que la primera sensación ante éste, como ante algún otro cuadro de la exposición, es de ausencia de vida, de falta de movimiento. Pero después, un poco más cerca —del pintor, no del cuadro—, cuánto movi-

Biblioteca Nacional de España

miento en quietud, cuánta vida latente, cuánta luz con ausencia de luces, cuánto aire sin que se mueva el viento. Esto es toda la obra de Pinazo: aquietamiento, domesticidad de la naturaleza. Ni gritos coloristas ni movimientos exagerados. Y, sin embargo, color, y vida, y luz. Pero luz, vida y color en extracto, reducidos a sus notas fundamentales, conservando todo lo que es su esencia y desprovistos de todo lo accesorio. Es decir, algo perfectamente clásico. Lo cual, pintando bodegones, no es algo, es muchísimo.

Fotografías

Cuando recorríamos el otro día el XI Salón Internacional de Fotografía, un muchacho, que con nosotros la visitaba, rompió en exclamaciones ante una fotografía, del envío de China, si mal no recordamos, que representaba un pintoresco cortejo, tomado a vista de pájaro. ¿Por qué negarlo? La fotografía era muy agradable, y así lo reconocimos. Sólo tenía un defecto, a nuestro entender, de cierta importancia: que aquello que ante nuestros ojos teníamos, no era una fotografía. O que, si lo era, estaba magníficamente disimulado.

Aquello era una serie de sombras que sólo con la ayuda del catálogo llegaban a ser comprendidas. La fotografía había sido de tal modo retocada, que era muy difícil saber lo que en realidad había captado la cámara. Es decir, la fotografía, lo que debía ser no sólo lo sustancial, sino lo único, había pasado a ser un pretexto, un cañamazo de la fantasía del artista.

Y —es triste decirlo, pero así es— una cantidad enorme de las fotografías expuestas en este XI Salón son esto, divagaciones sobre fotografías. La labor de la cámara queda reducidísima, y es el laboratorio lo que domina. Sin querer se nos iba la memoria a una exposición fotográfica con fines comerciales, abierta hasta hace un par de semanas, en la Casa Aeolian, que era un modelo de honradez. Eran fotografías obtenidas en un tamaño de dos o tres centímetros de longitud por otros dos de

Biblioteca Nacional de España

altura, y ampliadas a unos sesenta centímetros de altura. Con un gesto muy de prestidigitador se exponían las pruebas directas y las ampliaciones. ¿Ven ustedes? —parecían decir—; no hay trampa ni cartón. Y, efectivamente, no lo había, y sí, en cambio, una espléndida colección de trozos de vida, pero no de vida preparada ni retocada, sino de vida corriente, diaria, espontánea y espléndida de sus bellezas.

Ante ella debieran haber desfilado todos los que, profesionales o aficionados, han tenido o pueden tener una cámara fotográfica en la mano. Los primeros para meditar un poco sobre la conveniencia de volver a lo natural, a la luz del sol, abandonando el estudio, y a fiarse más de su buen gusto para percibir, que de su conocimiento de las reacciones químicas. Los segundos, los aficionados, para adquirir una idea exacta de lo que la fotografía es y llenarse de optimismo, convencidos de que con la cámara más pequeña pueden obtenerse los más bellos resultados.

La exposición Ventura Rodríguez

Una de las cosas más interesantes del mes que termina ha sido la exposición de la maqueta del palacio que Ventura Rodríguez ideó para el Duque de Alba, en terrenos de Buena Vista.

En estos tiempos en que Madrid se afea por momentos gracias al descuido en el estilo de las construcciones, es interesantísimo contemplar esta maqueta, que hubiera podido ser una norma.

Pocas veces se ha tenido en cuenta al construir un edificio nuevo en las calles de la capital de España, el estilo tan definido que, con un poco de comprensión, hubiera podido caracterizarlas, dotándoles de unidad, de esa unidad de que, por carecer en absoluto, da la sensación de ciudad improvisada. Desde el Círculo de Bellas Artes hasta los numerosos hotelitos, más o menos vascos, de los alrededores, pasando por los amerен-

Biblioteca Nacional de España

gados palacetes de la Castellana, siempre se ha evitado cuidadosamente —salvo contadísimas excepciones— ajustarse al estilo que hubiese podido dar el tono a Madrid. Tenemos edificios de diversas épocas, pero en los cuales siempre se guardan características comunes —empleo del ladrillo, de las cubiertas de pizarra, de la línea recta—, como el Ministerio de Hacienda, el de Estado o las Casas Consistoriales que hubiesen podido reunir de norma. Y el mal es de antiguo. Ya el Marqués de Cubas, olvidándose de que existía un proyecto del abate Jubarra, para construir una gran catedral barroca frente al Palacio Real, ideó una iglesia gótica, que se despega en absoluto de todo el ambiente que le rodea. Y no digamos la basílica bizantina levantada para la madrileñísima Virgen de Atocha o el indefinible estilo del templo de Santa Teresa.

Buen punto, pues, el proyecto de Ventura Rodríguez para meditar sobre lo que pudiendo ser no fué, y aún más que para la construcción, para el propósito de la enmienda en lo por venir.

FELIPE DE PEÑALOSA y FRANCISCO DE CÁCERES

Conciertos

Empezaremos reseñando una reunión celebrada en la Fundación del Amo, proa a las rectas claridades del Guadarrama; una más en la larga serie de conferencias, conciertos, representaciones..., testigos elocuentes de la activa extensión universitaria que allí se realiza. Gusto y erudición en una sola pieza, constituyen la conferencia-concierto desarrollada por J. J. Mantecón: «Algunos ejemplos de la sensibilidad musical española desde el Renacimiento a nuestros días». Sencillamente: «He rebuscado y he encontrado estas cosas. Las presento. Demuestran que España ha tenido una sensibilidad musical despierta, al acecho de lo que en el resto del mundo se hacía. En el cuadro general, nuestros valores musicales tienen derecho a pues-

Biblioteca Nacional de España

tos destacados». Demostración con ejemplos. Ejecutados por el doble quinteto de la Sinfónica, colaborando la mezosoprano Conchita Aguyó.

Motetes, de Vázquez; *Pavanas* y *Gallardas*, de Mudarra, perfilan el ambiente musical del XVI; *Tonadillas*, de Misón de Estevé y de M. García (de quien apunta su amistad con Rossini, dejando en el aire el problema de ciertas mutuas influencias), enfocan la popular del XVIII al XIX; dos canciones del propio Mantecón, ceñidas al espíritu de la letra, y, como número central, el quinteto núm. 2 del Padre Soler, el jerónimo que concertó las ágiles piruetas de su mentor Scarlatti, con el severo fondo de su habitual paisaje escurialense.

Música acorde con el recato de estas fiestas —inconfundibles— de las «Residencias». *Música de ayer para hombres del mañana*. Festividades de la cultura. (¿Olvidaremos aquella voz que, en noche de anterior primavera, vivificó en la misma sala con plástica popularidad el dolor romanceado de los Infantes de Lara, orto de un decantado Espectáculo universitario?)

Sergio Rachmaninoff, el mejor pianista del mundo. Esto reza en los programas de sus dos recitales. En la cotidiana tarea esquivamos tantas veces la pregunta, plena de avidez, de ¿quién es el mejor...?, que a toda afirmación de categórica petulancia oponemos nuestro recelo. Sin embargo... como el mejor pianista del mundo, ha ejecutado dos programas Sergio Rachmaninoff, entre fervorosas expectaciones y ovaciones delirantes. Y como pianista ha pasado por Madrid; en el reparto de los programas sólo figuraban cuatro de sus composiciones: *Oriental Sketch*, un *Momento musical* y dos *Preludios*. Su faceta de autor de una obra de cortornos acusadísimos, casi oculta. ¿Quizá por modestia —¿paradoja?— no ha impuesto la ejecución de alguno de sus grupos de cámara o de alguno de sus conciertos? Cuando menos la interpretación de dos recitales de obras de la propia cosecha. Creemos que lo debía de haber impuesto, incluso exigido. Como un pianista más —prodigioso— ha pasado, de suerte, que se puede hablar de su Beethoven, de su Chopin (centrado en pleno romanticismo, destacado de vueltas barrocas), de su Liszt, cuan-

Biblioteca Nacional de España

do de lo único que se debía de haber hablado era de él, de su obra, de su Rachmaninoff.

Y como de sus ejecuciones sólo mucho y muy bueno puede decirse, esta es la razón por la que hemos preferido hablar de sus equivocaciones.

No ceja la Asociación de Cultura Musical en el deseo de imponer a su público la música de cámara. Alentamos tales propósitos. En los primeros días de abril nos ha traído los cuatro estupendos concertistas G. Fritzsche, F. Schneider, H. Riphanbn y B. Kropholler, que forman el conjunto del Cuarteto de Dresde.

Han expuesto obras de Brahny, Schubert y Haydn, logrando el segundo con las preciosidades melódicas —únicas— del *Cuarteto en sol mayor*, op. 161, arrebatar enardecido a un público que más que entusiasmado, cortés, suele acoger esta clase de música. ¿Se lograría, es labor de constancia, que los aplausos envuelvan a tríos y a cuartetos tan cálidamente como a los divos del violín o del piano? Acogidas como la de este cuarteto nos permiten confiar. Ejecución y materia ejecutada merecían que con igual entusiasmo hubiesen sido recibidos los otros dos cuartetos, tan sólido el uno, tan caprichoso el otro.

Con los trompetazos de la *Obertura de Tannhausser* terminó la serie de conciertos primaverales de la Orquesta Sinfónica, bajo la segura batuta del maestro Arbós. En los dos últimos, como novedades, se interpretaron el *Concierto* y el *Capricio* para piano y orquesta, de Ravel y Strawinsky, respectivamente, estando el piano a cargo en una y otra ejecución de Leopoldo Querol, al que ya en otras ocasiones y con esas dos obras habíamos aplaudido. El *estreno* ha sido el de la última obra de Paul Hindemith, obra de escándalo, principalmente en el terreno de las consecuencias políticas: la sinfonía *Mathis der Maler*. Este pintor, Matías, es nada menos que Grünewald y los motivos sugeridores son los dramáticos cuadros del retablo de Colmar. Los títulos de las diferentes partes no se justifican en ningún momento, por ningún lado hay rastro de convencionalismo descriptivo. Lirismo, severidad, patetismo; la inspiración campea libre sin asidero anecdótico alguno. Se acusa desde un

Biblioteca Nacional de España

principio la pobreza de ideas melódicas, pero el autor, cansado de vuelos libres, se ha encerrado voluntariamente en la clausura del contrapunto, *el pájaro vuelve a la jaula* y en ella encuentra la ligazón de lo presente con lo pasado. El himno final, violento y magnífico, se recogió entre estruendosos clamores.

Como sería pretencioso creer que con una sola audición el público captó todas las bellezas de tan difícil partitura, pedimos su inclusión en futuros programas, así como otras obras de esta H genial, obras que llenan, a veces íntegramente, los programas de las más ilustres Agrupaciones extranjeras.

La Filarmónica, en su serie primaveral, ha rendido un homenaje en el 250 aniversario del nacimiento de J. F. Haendel, estrenando su *Concierto grosso* núm. 4, op. 6, delicado y vigoroso, música noble y varonil, comprometida por tendencias italianas su honda raíz germana.

Ha presentado también a dos jóvenes compositores valencianos: a Moreno Gaus y a Rodríguez Albert. Las *Levantinas* del primero no tienen otra pretensión que la de recoger la nota policroma, colorista, vibrátil, recogidas en tres cuadros breves y muy animados; Rodríguez Albert ha escrito una larga obertura, interpretación literaria del paisaje alicantino: *Meditación de Sigüenza*. Sigüenza, el caballero creado por Miró —a quien la obra rinde un homenaje—, medita melancólico; su tema de profundo lirismo se corta repetidas veces por estribillos y cantos populares. Aunque las dificultades sinfónicas están perfectamente vencidas y con mucha inspiración, el poema resulta quebrado, difícil de seguir, y a veces fatiga por el profuso movimiento episódico.

El magnífico concertino Luis Antón demostró todo lo que puede hacer interpretando la *Serenata* núm. 7, de Mozart, complicada por unas enravesadísimas cadencias añadidas por Kreisler; y en la última reunión, la violinista catalana, Rosa García-Faria, artista de positivo temperamento, interpretó la parte solista del *Concierto para violín y orquesta* de Mendelssohn. En sus respectivas actuaciones lograron una y otro ser aclamados,

Biblioteca Nacional de España

así como la Orquesta, que logra superarse cada día, interpretando nutridos programas de su abundante fondo, hábil y cuidadosamente seleccionados por la fina pericia del Sr. Pérez Casas.

Traspasados de profunda condolencia escribimos un nombre: Ricardo Villa. Una nota grave, impregnada de sincera tristeza, cierra la crónica de hoy. Paz y gloria.

JOSÉ CÁDIZ

Tribunas

El Centro de Estudios Universitarios ha necesitado este mes dos piedras blancas para señalar dos faustas efemérides. Dos veces ocupó la cátedra el marqués de Lozoya, con estos dos temas: *Donoso Cortés ante la España de su tiempo* y el *Pensamiento liberal español del siglo XIX*. La trascendencia del ideario político-social de Valdegamas está demostrado en el hecho de haber aparecido después muchas de sus ideas en las Encíclicas de León XIII. Desde luego, el mundo culto sabe que aquel Pontífice era la coronación de un movimiento social operado ya en el cuerpo de la Iglesia; pero no es chico honor para España presentar a Donoso Cortés como una de las principales rutas que conducen a Roma. Lozoya traza esta ruta en el mapa histórico de la España contemporánea de Donoso con su Espartero y con su Narváez, con sus oligarquías y sus demagogias bramando o zalemando ante el trono de María Cristina.

Frente al ideario donosiano, henchido de savia filosófica, de gérmenes reformadores de la sociedad, de atisbos poderosos del futuro político de Europa, se alza el pensamiento liberal español, carente de originalidad y huérfano de hombres que supieran darle brillantez, a falta de otra cosa.

En sus principios políticos no hacen más que traducir del francés Calatrava, Olózaga, D. Joaquín María López y Quinta-

Biblioteca Nacional de España

na. Pi y Margall prueba en su *Historia de la Pintura* su animosidad contra la religión. Sanz del Río la difunde en su cátedra; Salmerón es de un fanatismo exaltado y persecutorio. Los krausistas son antiespañoles por esencia, con la única digna excepción de Castelar. Se acogen a los patrones difamatorios extranjeros en la visión de la conquista de América y de la España del siglo XVI. Para ellos, nuestra historia es una serie de vergüenzas. Pi y Margall denigra la Edad Media. Adolfo de Castro explica nuestra decadencia por la Inquisición. Echegaray insiste en esta idea en su famoso discurso de la *trenza incombustible*. El mismo Castelar, en su época primera, lanza desde su cátedra de Historia violentas diatribas contra nuestro pasado. Llama abominable al Imperio español, admira a los judíos y los moriscos sobre nuestro pueblo cristiano, desconoce el movimiento intelectual del Siglo de Oro, hasta el extremo de decir que «quemamos a nuestros pensadores, y no hubo otra ciencia que las cenizas».

Después de leer a los pensadores del liberalismo español, casi no cabía otra resolución que la de desnacionalizarse.

En Acción Española es digna de notar la conferencia de D. José Yanguas Messía sobre la acogida que las doctrinas de Vitoria y Suárez han tenido estos últimos años en Europa.

Compara sagazmente la actitud de entrambos internacionalistas frente a diversos problemas de Derecho, para concluir, con patriótica satisfacción, que aún hoy todavía sigue indeleble, sin envejecer lo más mínimo, la construcción que de la comunidad internacional hicieron nuestros dos teólogos. En virtud de la Etnarquía cristiana, las naciones de la Europa medieval acataban la autoridad política internacional del Papa y del emperador. España y algunos otros Estados sólo respetaban al primero. Debido a esa Etnarquía, el Papa intervino en algunos sucesos de nuestra Historia, y por haber violado el pacto de Agreda dictó excomunión contra Sancho el Fuerte de Navarra. Fué también el Papa quien logró la unión de todos los Reyes de la Península para el logro de la empresa de las Navas de Tolosa. Y en 1493, Alejandro VI traza de polo a polo una

Biblioteca Nacional de España

raya ideal, y con ella separa las posesiones españolas de las portuguesas.

Pues bien: Vitoria y Suárez tratan de restaurar y aun de superar esa Etnarquía. Apunta en ellos la concepción orgánica del mundo entero e intentan organizar éste de un modo universalista, en razón de la unidad de origen y de la solidaridad del género humano. Estas concepciones no han sido realizadas y probablemente no se realizarán nunca. La Sociedad de las Naciones no ha llegado a conseguir eso, como un organismo que es en el que mandan las grandes potencias.

La regulación de la guerra, termina diciendo el Sr. Yanguas, tiene en Vitoria, asimismo, tres reglas de oro, que si se hubiesen observado, no podríamos contar la guerra mundial ni el Tratado que puso fin a ella. Las naciones desconfían actualmente unas de otras, debido a la separación absoluta entre el Derecho y la Moral, impuesta por el protestantismo. Con razón el mundo civilizado vuelve la vista a las doctrinas de los juristas españoles.

En la Federación de Estudios Internacionales ocupó la tribuna D. Salvador Madariaga, y ¿quién lo diría?, el eco de las afirmaciones del Sr. Yanguas resonó en la sabia disertación del delegado español en la institución de Ginebra.

Las doctrinas de Vitoria y Suárez —dijo— son las cariátides de la Sociedad de las Naciones.

España tiene un excelso abolengo en el orden internacional. ¿Cuál ha de ser su actitud? En España debe desaparecer la distinción entre derechas e izquierdas. Las derechas tienen que sumarse a las doctrinas de un jesuíta y de un dominico. La política de sumisión de la fuerza a la razón ha sido siempre preconizada por las izquierdas. Ante la política internacional deben, pues, unirse todos los españoles. España no debe abandonarse a una neutralidad negativa, sino que debe ser la luz que guíe al mundo hacia la paz universal.

En la Unión Ibero-Americana disertó el docto académico D. José Sánchez Pérez, sobre *La Escuela española de sordomu-*

Biblioteca Nacional de España

dos del jesuíta Hervás y Panduro. Estudió los antecedentes históricos, depósito de la gigantesca labor del monje español fray Pedro Ponce de León, primer maestro de sordomudos en el mundo. Se refiere a continuación a los inmediatos sucesores de Ponce, Ramírez de Carrión y Bonet, aludiendo al mismo tiempo a las profundas y útiles investigaciones que acerca de ellos ha realizado el Sr. Navarro Tomás.

Después ofrece la perspectiva del siglo XVII, en que desaparece la enseñanza en España de los sordomudos, que intentó reconstruir a principios del XVIII el extremeño Rodríguez Pereira. A continuación hace el Sr. Sánchez Pérez un detenido estudio en análisis crítico de la labor realizada por el sabio polígrafo jesuíta Lorenzo Hervás y Panduro hacia el año 1794, y explica los métodos que empleaba en la enseñanza, que apenas difieren de los que están hoy en boga.

Libros

Tríptico

Me esperan, serios y solemnes, tres gruesos volúmenes de la obra en latín del P. Francisco de Vitoria. Cuantas veces los he hojeado he sentido, ante ellos, una vergonzosa cobardía; y la causa es que tengo que leerlos, mejor dicho, tengo que estudiarlos; pero son tres tomos de más de 1.200 páginas en total, en latín filosófico, si bien el céfiro del humanismo haya soplado en tales páginas, según prueba ahora en *Razón y Fe* el P. Villoslada, y nunca mejor puedo decir que el espíritu está pronto, *caro autem infirma.* Y huyendo de la gravedad, he aquí el extremo contrario, en donde he venido a buscar las tablas de este tríptico bibliográfico.

De los días conmemorativos de la Pasión, nos queda en los oídos el eco de las saetas andaluzas. Fragancias de saetas aprisionan un librito primoroso de José Carlos de Luna, titulado *El Cristo de los gitanos*; ésta es la poesía principal del volumen.

Biblioteca Nacional de España

Con razón, el que da la cara por la obra, José López Prudencio, proclama en este bello libro un *nuevo triunfo de la Editorial «Cenit»*.

Para López Prudencio, este poeta es perfecta expresión del alma y del paisaje de Andalucía.

Tiene razón; «El Cristo de los gitanos», «La plaza de Riego», «Galopando», «El pozo del conventico», «Ojos de noche de mar», «El último alijo», todas las poesías de este libro están llenas de luz, de aire, de calor andaluz.

La nota religiosa confundida, a veces, con la nota pagana; la alegría y la pena de vivir conjuntas, el refinamiento ático y la salvaje existencia en abrazo, no sabemos si de lucha o de amor, todo eso late, de página en página, en los versos de Carlos de Luna:

Asoma por el rellano,
temblándole las melenas,
el «Cristo de los gitanos»,
—¡brillante carne morena!—,
agarrotadas las manos.

En el trono tintinean
cristales y argentería,
y los calorrés jadean...
y las horquillas golpean
con un son de burlería.

Los que dicen que ya no hay poetas, no quieren decir sino esta perogrullada: Ya no hay poetas como los de antes, y es porque no saben ver que ahora, hoy, necesita sus poetas propios, distintos de los de antes. Fugacidad, rapidez, brevedad, apretamiento de pasión y de verbo.

Nuestra sensibilidad actual, a fuerza de adelgazarse, apenas ofrece blanco, sino de las flechas muy buídas, muy afiladas. Una docena de poesías, nada más que una docena, escritas en un librito de lujo, como flores caras de invernadero, en un vidrio antiguo de Venecia.

Benjamín Jarnés acaba de publicar un volumen, todo primor y limpieza, titulado *Libro de Esther*. La letra evocará, en-

Biblioteca Nacional de España

tre el título, la figura bíblica. También Benjamín Jarnés la evoca en la primera página: «Y ganaba Esther la gracia de todos los que la veían. Y aquí termina la evocación de la Santa Escritura, y comienza el autor a construir una Esther que no tiene de la otra más que la hache de la segunda sílaba.

¿Qué es este libro? Una novela, un conjunto de ensayos, un esbozo de filosofía efímera, un perfil de alma femenina, en cuyo cristal se reflejan mil impresiones de cosas y personas, seguidas, a veces, de reacción intelectual.

Muchas cosas más podríamos decir que es el libro de Benjamín Jarnés. Ya hemos quedado, hace mucho tiempo, en que la novela moderna es un vaciadero de todo lo divino y lo humano. La construcción lógica o verosímil, la creación de caracteres, la pintura social, todo en suma, lo que antaño constituía la fábrica novelística, hoy es lo de menos.

El autor vacía en el alma imprecisa de un protagonista, «Esther», su propia alma, sus propios pensamientos, los recuerdos de mil lecturas, las sugerencias de sus esperanzas personales, las antinomias de su observación sagaz.

Cuando se cansa de escribir, da por terminado el retrato del héroe de la novela. En el libro de Jarnés apenas hay página que no esté esmaltada de un pensamiento bello, de una frase poética, de una pincelada colorista; cualidades todas del gran escritor; y, sin embargo, el conjunto de las páginas no produce un todo bello, porque no produce *un todo*, en el verdadero sentido de la palabra.

Yo creo que los escritores modernos debían dedicarse a escribir hojas de almanaque. De seguro resultarían de su manera obras maestras, porque poseen cualidades extraordinarias para escribir fugazmente, lo que apenas basta a llenar unas hojas de calendario. Y estas hojas las vamos leyendo inconexamente, sin que una tenga que ver con la otra. El día que pensemos en coserlas por un lado y formar un libro, habremos hecho una cosa mala de muchas buenas, y no salvará la obra ni el nombre de «Esther» que pongamos sobre su cubierta.

Vamos por la tercera tabla del tríptico, y vuelvo a acordarme

Biblioteca Nacional de España

que me esperan los tres tomazos en latín del P. Vitoria. ¿No será cosa de ir templando el ánimo, sin salir del ambiente ameno en que nos hemos colocado? Pues acojámonos al libro de Narciso Alonso Cortés, con que las prensas de Valladolid se han honrado en 1935; porque el docto profesor vallisoletano es un gran escritor de cosas interesantes, agradables y divertidas, pero estas cualidades descansan en un fondo histórico de solidez y de preparación propia de un gran historiador.

En este libro, *Artículos históricos literarios*, nos habla de la fiesta de toros en Madrid, de Moratín, del autor de *Amadís de Gaula*, de una comedia de Bretón de los Herreros, de los cuñados de Lope de Vega, de los Cachupines de Laredo, de la Montálvez de Pereda y de varias cosas más. Todas con alguna novedad, con algunos datos inéditos extraídos del misterio de los archivos, con algunos documentos desconocidos y con unos puntos de vista propios, personales, característicos de Narciso Alonso Cortés.

Admira en este hombre la extensión del campo histórico-literario que cultiva su pluma. Lo mismo el período de la Casa de Austria, que el siglo XIII, que el ciclo romántico; lo mismo la poesía que la historia; en todo lo que ha tocado su pluma ha dado a la cultura trabajos originales y ha demostrado su talento de investigador, de crítico y de literato.

Poesía, novela e historia tienen en estos tres libros opuestas manifestaciones, pero igualmente honradoras, de la cultura española en los comienzos del año 1935.

M. Herrero-García

Biblioteca Nacional de España